

El Ruedo



3
PTAS.

MAVEDRA

Recuerdos taurinos de antaño

II

JUAN MARTIN, «LA SANTERA»

En la Escuela de
Tauromaquia
de Sevilla

LA Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla, ideada por el conde de la Estrella, patrocinada por el intendente de aquella ciudad don José Manuel de Arjona y por el ministro de Hacienda don Luis Ballesteros, con la aprobación del rey Fernando VII, no tenía por objeto, como se ha creído, fomentar la afición al toreo, sino instruir a los nuevos futuros lidiadores, a fin de evitar tragedias como las ocurridas a "Curro Guillén" y Manuel Parra, que perdieron la vida en Ronda y Madrid, respectivamente.

La idea no podía ser más noble; pese a ello, son infinitos los escritores que han combatido la fundación de dicho centro docente, como si el mismo significase una rémora para el arte de la tauromaquia; pero lo paradójico del caso es que algunos de esos sistemáticos detractores veían con agrado la fundación de centro de la misma índole, en que diestros retirados de la profesión daban lecciones teóricas del arte de la lidia a los muchachos aficionados que pensaban seguir la carrera del toreo.

En otra ocasión —si para ello tenemos oportunidad— nos ocuparemos del asunto. Hoy vamos a dedicar un recuerdo al que fué matador de toros Juan Martín, "la Santera", que en esta primavera del año 1831 fué admitido como alumno de los no oficiales en la citada Escuela, escuchando las lecciones de Pedro Romero.

La vida profesional de Juan Martín fué estudiada con no escaso detalle por algunos tratadistas, particularmente por el sevillano Velázquez y Sánchez, del que han tomado referencias hasta historiadores de nuestros días; vamos, por tanto, a confrontar dichas referencias con las de nuestro fichero, y de ello saldrá materia para este breve estudio biográfico, pues los estrechos límites en que hemos de movernos no permiten mayor extensión.

Juan Martín Palusa, hijo de Manuel y Gertrudis, nació en Sevilla el 10 de octubre de 1810.

Según los tratadistas, los padres del futuro lidiador eran riquísimos labradores.

No está en lo cierto quien tal afirma; los padres de Juan Martín carecían de bienes de fortuna; quien los poseía, y muy cuantiosos, era su padrino, don Juan del Pino, quien, por carecer de descendencia, se llevó al ahijado, al que crió y educó con arreglo a la envidiable posición de que disfrutaba.

Manifiestan los biógrafos del diestro desconocen el origen del apodo "la Santera" adoptado luego en la profesión. Vamos a satisfacer su curiosidad.

La madre de Juan Martín —mujer piadosa— cuidaba de una capilla o ermita situada en el Prado de San Sebastián —donde actualmente se celebra la Feria—, por lo que en el barrio de San Fernando, donde residía, era conocida con el apodo de "la Santera". El hijo de la santera llamaron a Juan desde niño; éste lo adoptó cuando se hizo lidiador, lo propio que su hijo José, también torero, aunque de menor categoría. Este y no otro alguno fué el origen del apodo "la Santera".

Merced a los cuantiosos bienes del padrino, quien no los escatimaba con el ahijado, Juan Martín hizo en su juventud la vida del señorito adinerado, aficionándose a fiestas camperas, concurriendo a faenas con el ganado bravo y cultivando la amistad con profesionales del toreo, y aunque el padrino veía con desagrado las aficiones y amistades de su ahijado, transigía con ellas por evitarle disgustos y contrariedades.

Su educación y finos modales, así como la simpatía personal de que estaba dotado, cautivaron al maestro Romero, quien le tomó cariño y le enseñó con esmero al darse cuenta de las

magníficas condiciones de habilidad y valor que el joven aficionado poseía.

"Si este muchacho —decía Romero en una de sus cartas— tuviese que dedicarse a la profesión como medio de vida, sería un gran torero."

Esta opinión del gran rondeño coincidía con la del segundo maestro, Jerónimo José Cándido, quien, al escribir al conde de la Estrella, decía:

"Ayer se mataron dos toros; uno lo mató Juan Martín muy bien, pues como le tengo dicho a V. S., es el mejor de todos." (Carta del 27 agosto 1831.)

"Este mozo se llama Juan Martín, ahijado de un hacendado que hay aquí, a quien le llaman Juan del Pino, y vuelvo a repetir a V. S. que es el único que yo conozco del que se pudiera sacar partido si su desgracia le trajese a ser torero; mozo que concurren en él todas las circunstancias necesarias, tiene buena figura, aunque no muy alto, y lo hace todo bien; pone banderillas con bastante arte, torea de capa muy bien, es bastante ligero y todo lo hace con mucho arte." (Carta del 6 de septiembre de 1831.)

"Juan Martín, por ahora, no se espera que toree, pues su protector o padrino es bastante opuesto a ello." (Carta del 21 de septiembre.)

Estas buenas cualidades justifican la estima del maestro Romero, quien, en su fervor por el arte, se entusiasmaba cuando descubría algún futuro gran lidiador; de aquí su cariño y solicitud con Juan Martín, Montes y "Cuchares".

Afirman los tratadistas que hacia 1836 la familia de Juan Martín sufrió serios quebrantos de fortuna, lo que obligó a éste a dedicarse al toreo.

No es cierto; mal puede perder fortuna quien no la posee, y la familia de Juan Martín siempre careció de ella. Quien sufrió quebrantos fué el propio Juan, que en escaso tiempo derrochó la fuerte suma heredada del padrino. En esta si-



tuación aprovechó las enseñanzas de la Escuela, y sus primeros pasos en el oficio los dió como banderillero de sus amigos Montes, León y Pastor, del segundo de los cuales recibió la alternativa en Sevilla el 27 de septiembre de 1840, la que le fué confirmada en Madrid, por Juan Pastor, el 10 de septiembre de 1843.

De temporada toreó en la Corte el siguiente año 1844, tomando parte en 15 de las 22 corridas verificadas, dejando a la afición complacida de su trabajo.

Anota algún historiador que en 1845, la Empresa madrileña ofreció el lugar de primera espada, el que no aceptó Juan Martín por ir de segundo de Montes.

La referencia es algo inverosímil; primero, porque aunque muy estimable figura del toreo, carecía este diestro de categoría para empresa de tal fuste, y después, porque al serle ofrecido es seguro se hubiese apresurado a aceptarlo. ¡Ahi es nada la diferencia que mediaba entre trabajar comodamente en Madrid toda la temporada, a soportar el ajeteo de viajes incomodísimos, como los de aquel tiempo, y de segundo de un lidiador cuyos resplandores eclipsaban a todo el que a su lado figurase!

También es conveniente poner en cuarentena otras referencias de la vida profesional de este lidiador, como aquellas del toro *sin orejas* lidiado en Ronda, noticias no poco fantásticas procedentes de la misma cantera.

Juan Martín retiróse de la profesión en 1846, y dieciséis años más tarde volvió a los ruedos figurando como primera espada en la corrida de Madrid el 31 de agosto de 1862.

Abandonó definitivamente el oficio en el año 1866 y murió en Sevilla el 10 de marzo de 1884.

RECORTES



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Barquillo, 13

Año VII - Madrid, 23 de noviembre de 1950 - N.º 335

Director: MANUEL CASANOVA



Domingo Ortega y Victoriano de la Serna depositando en la arqueta tierra del ruedo de la Plaza de Valencia, que será enviada a la viuda del pintor valenciano Carlos Ruano Llopis, recientemente fallecido en Méjico

(Foto Luis Vidal)

felicísima intervención del doctor Juaristi, las pocas esperanzas de salvación que podían abrigarse cuando el diestro ingresó en la enfermería, fueron poco a poco aumentando, hasta el punto de que, extremados ciencia y cuidados, el valeroso lidiador, dentro de esta misma temporada que acaba de terminar, recobrada totalmente su salud, pudo volver a los ruedos. Ahora Rafael Ortega ha querido responder a los desvelos y al desinterés del doctor Juaristi de una manera delicada y sencilla; haciendo que el ilustre cirujano y su joven y bella esposa le acompañen en un viaje por Andalucía —que el matrimonio navarro no había tenido ocasión de conocer— hasta llegar a la propia patria chica del torero, la isla de San Fernando, con olor a marismas y esa salada claridad de que habló el poeta sevillano.

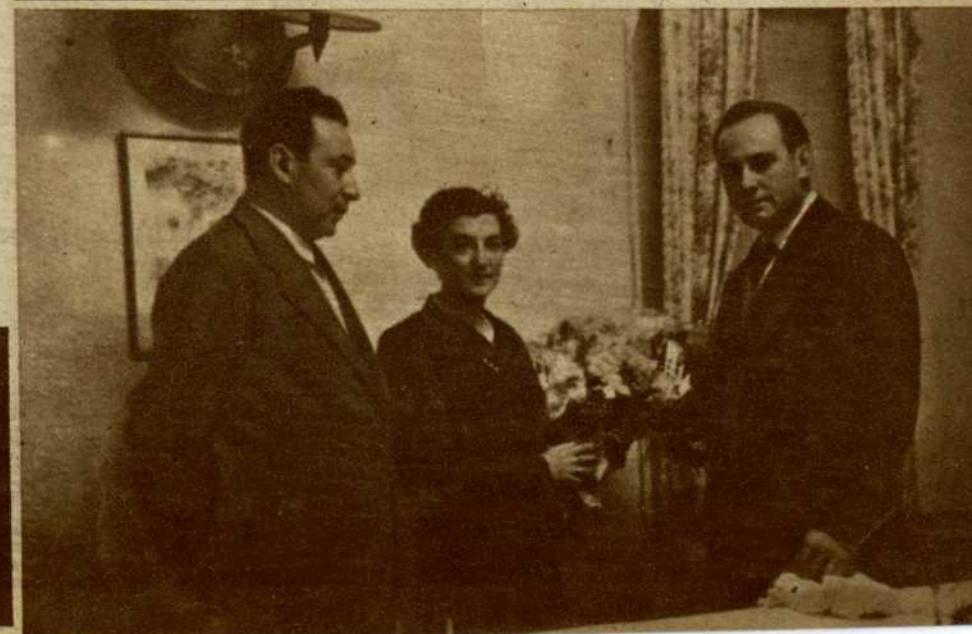
La expresión de la gratitud alcanza en este caso un fino matiz de exquisita espiritualidad. Y éste es el sentido del homenaje íntimo que a su paso por Madrid ha rendido al doctor Juaristi un grupo de amigos de Rafael Ortega, recuperado para la vida y para el toreo.

Sabe bien hallar ocasión de enfrentarse con ese sentido ferozmente materialista que invade tan amplias zonas de la sociedad y vencerlo siquiera sea momentáneamente dando al aire estos gestos de fina y honda espiritualidad, muy frecuentes por otra parte en la vida sembrada de acechanzas y de riesgos de los toreros.

EMECE



El diestro Rafael Ortega rezando ante San Fermín en la misa celebrada en acción de gracias por su restablecimiento de la grave cogida que sufrió durante la Feria de Pamplona (Foto Gulle)



Rafael Ortega con el doctor Juaristi, cirujano de la enfermería de la Plaza de toros de Pamplona, que le curó de la grave herida, y a quien el martes se le hizo objeto en Madrid de un homenaje íntimo. Al doctor Juaristi le acompaña su esposa (Foto Cano)

★ Cada semana ★

SENTIDO DE ESPIRITUALIDAD

PRECISAMENTE porque ahora se habla tanto del tremendo materialismo que invade los entrebastidores del toreo, nos complace más intensamente recoger de la semana taurina dos notas de hondo y noble sentido espiritual. Resulta grato apartarse de las teorías de las pequeñas intrigas, de los vétos y de los tantos por ciento para satisfacerse en el elogio de gestos delicados que son frecuentes en la vida de los toreros.

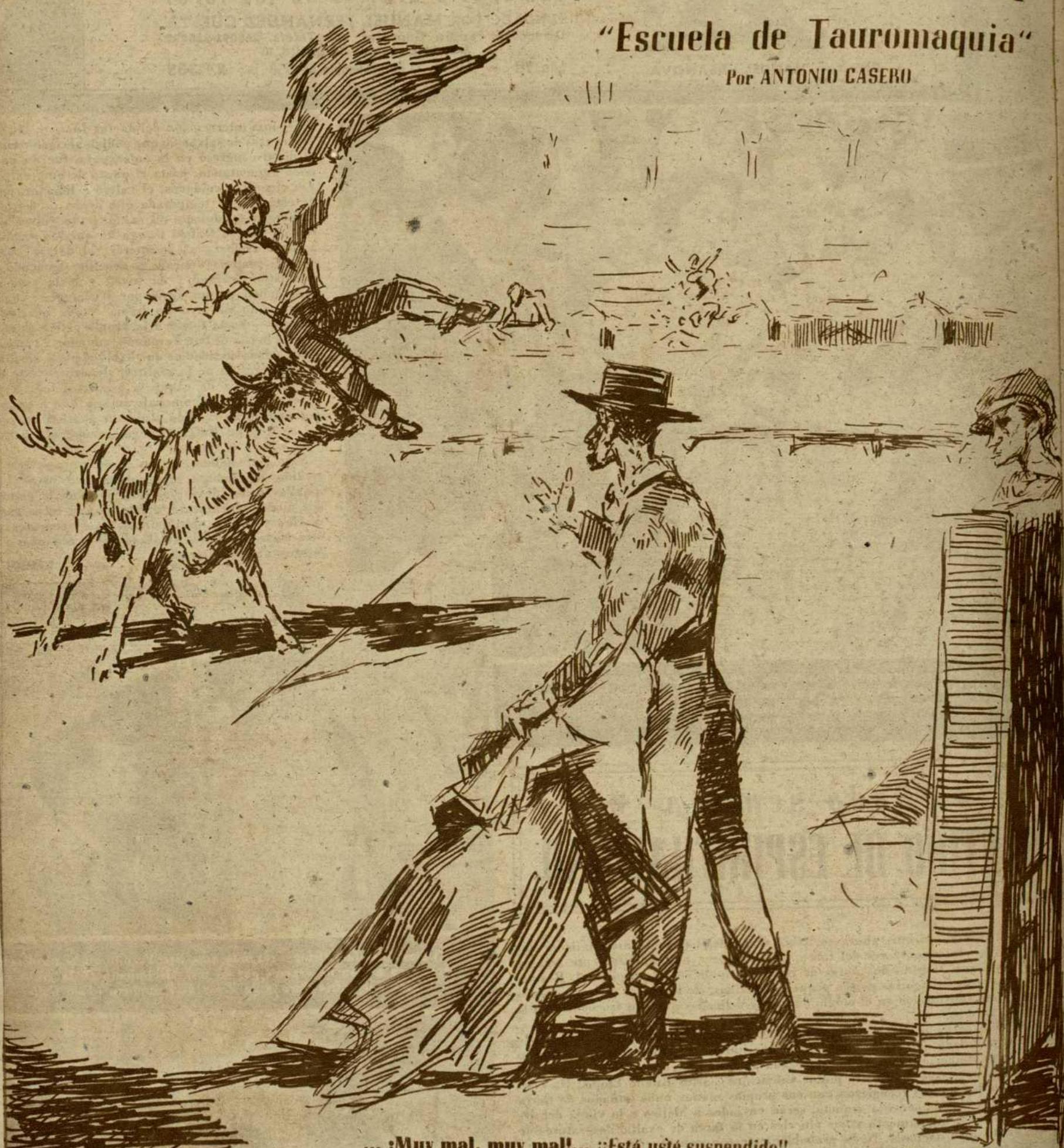
Uno de ellos se ha producido en la Plaza de Valencia. En un festival celebrado el domingo y titulado «de viejas glorias», en que junto a toreros en activo actuaron otros ya hace tiempo retirados de la arriesgada profesión, se ha rendido un emotivo homenaje a la memoria del ilustre pintor, valenciano Carlos Ruano Llopis. Ha consistido en que los toreros recogieron con sus propias manos unos puñados de tierra que, encerrados en una sencilla arqueta, serán enviados a Méjico a la viuda del artista que puso su temperamento y sus pinceles en la tarea de exaltar los valores de nuestra Fiesta más nacional. Nada probablemente tan conmovedor como ese presente para la mujer que compartió los afanes de Ruano Llopis, una de cuyas últimas aspiraciones fuertemente descadas y que la Muerte no le permitió conseguir era la de regresar a la Patria. Esa tierra recogida del ruedo de la Plaza valenciana le llevará el recuerdo de cómo España agradece a quienes fuera de ella en ella piensan y en ella aman. Una vez más los toreros que, porque tienen un sentido más inmediato de la muerte poseen un sentido más generoso de la vida, ponen una nota sentimental en el yermo de tantos menudos egoísmos y tantas torpes ambiciones.

El otro gesto que queremos destacar es el del matador de toros Rafael Ortega, tan gravemente herido el día 8 de julio en una de las corridas de la Feria de Pamplona. Con la ayuda de Dios y la

AYER Y HOY

"Escuela de Tauromaquia"

Por ANTONIO CASERO



... ¡Muy mal, muy mal!... ¡¡Está usted suspendido!!...

ANTONIO CASERO

LOS TOROS EN GRAN PLANO

LA MULETA

Un nombre evidentemente injusto.- Sobre de tela con una carta en blanco.- Bandera color de sangre.- Rectificadora o confirmadora.- De la geometría al oxo enloquecido.- Imán, espejo, escalera de caracol.- Las cuentas del rosario

Lo peor es el nombre. ¿Por qué un instrumento de mando, de poder, de dominio y de gallardía tiene que llamarse así?... Evidentemente entraña una injusticia esa sinonimia que la equipara a la ayuda del lisiado, del cojo. Cuando el mozo de espadas la prepara para entregársela al matador, es como si plegara un gran sobre de tela donde se encierra la invisible e incógnita carta en blanco de la faena. ¿Qué se inscribirá y se escribirá en ella? Letras de gloria, pases que quedarán como históricos, taquígrafías de oles y de bravos, exaltados piropros de alabanza?... ¿O tal vez bastas imitaciones de soplillo con el que se atiza la lumbre del fracaso, temeroso juego de pico, mantazos y desarmes?... Un presentimiento dramático nos sobrecoge cuando contemplamos la bandera de color de sangre que acaso presagia el peligro en el paso a nivel de la muerte. Entonces es la muleta como una cortina que oculta el desenlace imprevisto de la tragedia real, del gran auto y misterio vivos que se representan sobre el candente escenario de la arena. Podrá yacer abandonada mientras se llevan en brazos al protagonista caído y vencido en la liza con la fiera, o podrá limpiar la sangre del acero fulminador para plegarse después y alzarse como un gallardete triunfal en el saludo a la presidencia, mientras el puntillero mutila al toro muerto cortándole las orejas y el peludo y desflechado garabato del rabo.

Todas las posibilidades del éxito o de la derrota se cifran en esa franela roja, en esa arrancada colgadura, en ese triángulo que ostenta dos lados blandos y uno duro y vertebrado que se une al continente de la mano izquierda o de la mano derecha. Y ha transcurrido la mitad del trance de la lidia. Pudo haber o no suerte en los lances de recogida o de salida, en los quites, en las banderillas. Pero todo lo anterior será confirmado o rectificado con el juego mágico y lleno de sorpresas del ala encendida, de la trincherera móvil, de la flexible balastrada que es la muleta.

Puede ser puente inmóvil y firme bajo el que cruce el río negro del toro, o grotesca ropa tendida en un vulgar lavadero, descoyuntada y agitada por todos los vientos de la indecisión y del temor. Tendrá la exactitud geométrica del compás y la escuadra o la deshecha y revuelta apariencia de un montón de harapos, del roto faldón del levitín de un espantapájaros. Medirá y trazará el arco justo y armonioso, o se descompondrá en zigzagueos de quebrada huida, de oxo enloquecido. Miles de ojos se clavan en su

diana bermeja. Todo puede anunciarlo y también desbaratarlo todo.

Cuando más exaltadamente cumple su misión es al transformarse en imán que atrae desde lejos o desde cerca las puntas aceradas de las astas que contra ella descargan, igual que las centellas en la diamantina absorción del pararrayos. Pero al propio tiempo puede ser látigo de doma al halago o al castigo, biseltriz que separa la lidia del adorno, pendón y estandarte en el camino cierto de la victoria o bayeta que apenas acierta a enjugar el charco de los desaciertos.

En el pase natural es como la luna de un espejo donde ha de reflejarse la cara del enemigo igual que en una lámina de vidrio. El pase de pecho mide la dimensión de un brazo puesto en la máxima tensión del riesgo, mientras los cuernos avanzan con su roce escalofriante — asta y metal —, más que sobre el rizo duro de los almores, por encima del latido abultado del corazón. En el molinete la muleta juega a ser espiral y serpentina, escalera de caracol de la cogida que no llega y se detiene de la misma manera que si quedara a la mitad de su ascensión. El machetazo transforma el escudo en arma ofensiva, subvierte las leyes de los gladiadores, y no hay que olvidar que en todo este juego el estoque anda dentro, reforzando con su dura espiga la cortedad del palo y la blandura de la tela.

Señaba el toro con pastos verdes y se encuentra delante la mancha roja y ondulante que le acerca y le aleja al recuerdo de las hierbas crecidas cuando las despeña la mano del viento. "Aquello" es la concepción máxima y traicionera del engaño, la sensación de que el derrote va a encontrar materia firme en la que clavarse y ahincarse, cuando lo cierto es que detrás sólo se encuentra el inexistente bastidor del aire, que más sulfura y encorajina.

Cuando la muleta empapa el morro del toro y pretende tirar de él como si lo yugara y encadenara a una maroma invisible, ese movimiento pendular que hace la mano del torero, yendo y viniendo, marca un ritmo de segundos impacientes y febriles. Los pies se han arrastrado sobre la arena hasta encontrar la linde, el límite máximo que autoriza la frontera con el adversario, y entonces se inicia el vaivén a pulso, para conseguir el contacto y la impregnación misteriosa que han de dar por resultado la remisa embestida... Por alto, por bajo, ayudados o con una sola mano, pases y muleta, muleta y pases eugarzan sus cuentas en el rosario de la torería.

ALFREDO MARQUERIE

LUIS ARENAS Y SU EXPOSICION DE FOTOGRAFIAS INFANTILES



Luis Arenas

«Basta con ser aficionado para obtener buenas fotografías de la Fiesta de toros.—El torero compone, él solo, el tema.—Aquel reportaje de Rafael «el Gallo», que contaba con más de trescientas fotos



Varios retratos de niños con atavíos andaluces, de los que figuran en la Exposición



LUIS Arenas, nuestro colaborador gráfico, acaba de inaugurar en una sala madrileña —Kebos— una interesante Exposición de fotografías infantiles. Se trata de una colección de ciento once retratos de niños, de Sevilla y de Madrid, sorprendidos por la cámara artista de Luis Arenas en los más diversos momentos de sus juegos...

No era ésta la primera vez que Luis Arenas, cuya firma aparece con frecuencia en nuestras páginas, ofrecía en Madrid acabadas muestras de su labor. Ya en 1946 celebró, en el Museo de Arte Moderno, una Exposición de fotografías de la Semana Santa sevillana, que obtuvo un éxito completo de público y crítica. Posteriormente ha dado a la imprenta dos bellísimos libros, uno sobre ese mismo tema —la Semana Santa— y otro sobre las fiestas de Sevilla, en el que, por cierto, uno de los capítulos está dedicado a la Fiesta de toros, que, asimismo, merecieron unánimes alabanzas. A la glosa literaria de esos temas, hecha por la pluma ilustre de Luis Ortiz Muñoz, Luis Arenas puso el espléndido homenaje de sus fotografías, que son, cada una de ellas, como mensajes en sepia del alma de la ciudad incomparable.

Ahora, como decimos, Luis Arenas acaba de inaugurar su Exposición de retratos infantiles, en la que, por cierto, no faltan toques típicos en el indumento de algunos niños que recuerdan la otra afición —la Fiesta de toros— de Luis Arenas. Porque Arenas llegó al reportaje gráfico de la Fiesta brava por pura afición. El andaba con su "leica" cazando rincones de Sevilla, cuando, en la primavera de 1944, al salir el semanario EL RUEDO, comenzó a colaborar en su páginas. Asiduo aficionado y espectador, su labor le resultó fácil. Hizo un gran reportaje gráfico de Rafael Gómez, "el Gallo", y después, cuando se inició de lleno la temporada, bajó al callejón —en Sevilla los fotógrafos trabajan desde la barrera— y... ahí están, en la colección de nuestra Revista, sus fotos.

—¿Qué te resulta más difícil? —le hemos pregun-

tado ahora, en una breve visita a nuestra Redacción—, la fotografía de niños o el reportaje gráfico de la Fiesta de Toros?

—Creo que para hacer buenas fotografías taurinas basta con ser aficionado. Con saber cuáles son los momentos culminantes de una faena... Por lo demás, el torero "da hecha" la foto. El la compone. Uno no tiene más que saber aprovechar ese momento...

—¿Y las fotografías de niños?

—Las fotografías de niños, a las que estoy dedicado desde hace diez años, son más difíciles. Porque yo pretendo siempre que el chico retratado se muestre natural, que no fuerce lo más mínimo el gesto... Tal cosa resulta imposible cuando el niño se ve en un ambiente extraño para él, en un estudio, por ejemplo. Le molesta la excesiva luz, se siente, en fin, cohibido. Ante mí, por el contrario, el niño no siente la menor inquietud. Porque yo le retrato en su casa, entre sus juguetes, sus libros, sus cosas... Creo que en eso exclusivamente reside "mi secreto".

—Volvamos al tema taurino: ¿Cuál ha sido, a tu juicio, el torero más fotogénico en la Plaza?

—Casi todos los maestros —Ortega, Pepe Luis, Luis Miguel...— se mueven en el ruedo con tanta seguridad, que, la verdad, poco tiene que hacer el fotógrafo.

—¿De qué reportaje gráfico taurino estás más satisfecho?

—De muchos. Ahora mismo recuerdo, por ejemplo, el que hice, por encargo de Manolo Fernández-Cuesta, a Rafael, "el Gallo". Creo que agoté todos los temas... Envié unas trescientas fotografías de Rafael... Recuerdo, asimismo, como trabajos muy completos las ferias de Sevilla de 1945 y de 1948.

—Y cogidas, ¿fotografiaste muchas?

—Afortunadamente, no fui testigo de ninguna mortal. Como algo espectacular recuerdo la de Carlos Arruza en la feria de abril de 1945.

—¿Cómo se trabaja mejor, desde el callejón o desde el tendido?

—Desde el callejón. Aunque se cuente con buenos elementos, con teles que acerquen la faena, para el fotógrafo permanecer atado a un asiento es siempre molesto. Todo lo que no sea poder moverse con libertad y acudir allí donde la faena se ve mejor, perjudica notablemente la labor.

—¿Muchos sustos en el callejón?

—Eso sí. No tengo por qué negarlo. En Sevilla, a veces, cuando salta un toro al callejón, hay tantos servidores, banderilleros, agentes, etc., que uno no sabe lo que hacer. Menos mal que los momentos en que un toro puede saltar son limitados... De lo contrario, resultaría peligroso trabajar así.

Luis Arenas habla con entusiasmo de su trabajo. El busca siempre su propia superación, aun en el simple reportaje taurino. No en balde Luis Arenas llegó a la fotografía por el camino del arte, después de haber cubierto otras etapas como pintor y escultor. De ahí ese aliento artístico de sus obras, ese toque maestro, que triunfa sobre la pura y perfecta técnica fotográfica.

FRANCISCO NARBONA

Ha muerto un superviviente de las glorias taurinas del pasado siglo

La vida de Cayetano Leal, "PEPE-HILLO", está llena de gestos temerarios

el trabajo, ya que por entonces los meritorios en el toreo se conformaban con eso, con hacer méritos.

No volvió Cayetano a estoquear nuevos toros hasta el año siguiente, contratado como novillero en festejos con picadores y en los que muchas veces hubo de competir con Antonio Escobar, «el Boto», ya por entonces esposo de la valerosa estoqueadora «la Fragosa».

CAMPAÑAS MEJICANAS

Deseoso de probar fortuna quiso correr mundo. Provisto de una carta de presentación llegó a Méjico, siendo contratado en el acto por Ponciano Díaz, que por entonces simultaneaba el toreo activo con las actividades de empresario. La presentación no pudo ser más desastrosa. Los dos toros se fueron vivos a los corrales entre la rechifla de «los manitos». Rabioso por el desquite, salió al jueves siguiente, a costa de aceptar salir a prueba de banderillero. Dispuesto a reconquistar el terreno perdido, colocó tres pares al quiebro a cual mejores, mereciendo las más encendidas ovaciones de la tarde y un contrato de cuatro corridas, rehabilitado de nuevo para actuar de matador.

Deseoso de afianzar el prestigio recuperado, en la primera corrida realizó la siguiente proeza, más tarde repetida en varias ocasiones: colocóse frente a los chiqueros y de salida clavó en las mismas péndolas del toro, no un par de rehiletos que hubiera sido lo natural, aun no siéndolo el momento de la lidia, sino dos divisas y, para más espectacularidad, clavados los pies en un sombrero pampero.

Estos alardes movieron a Ponciano a contratarle para trabajar a su lado durante toda la temporada de 1880, remunerándole a razón de ochenta pesos por corrida. Cayetano, para no ser menos, aumentó el riesgo de su trabajo, pues le dió por banderillar con un hombre colocado en posición horizontal entre los pies. Este impávido aditamento de la suerte resultó ser un avisado galleguito llamado Manuel Maneiro, hombre dispuesto a todo, menos a morirse de hambre.

HISTORIA DE UN DEDO MENOS

Estos alardes de valor aumentaron el prestigio del señor Cayetano hasta el punto de decidirle a tomar la alternativa el 29 de noviembre de 1889, de manos de Diego Prieto «Cuatrodedos», con reses del país. El sexto le cogió al dar un pase de pecho, sufriendo una cornada grave en la ingle derecha. Por cierto que en esta alternativa sacó el de Leganés, de banderilleros, a Manuel Mejías, «Bienvenida», abuelo de los actuales, y a José Blanco, «Blanquito», padre de los hoy excelentes banderilleros.

Se hizo empresario de dos de las cinco Plazas que entonces funcionaban en la capital de Méjico, toreando un domingo en cada ruedo. Ganó dinero y se dispuso a volver a la Península, no sin antes celebrar una corrida de despedida, encerrándose con seis astados de gran presencia de la vacada de San Diego de los Padres.

Al primero le dió un pinchazo seguido de una estocada; pero como el toro desarmara, resultó alcanzado en la mano derecha, cercenándole casi por entero el

dedo meñique. Rabioso y enfurecido, sin que nadie se diera cuenta, cortó rápidamente con los dientes los ligamentos que sustentaban el dedo, escupiéndolo al suelo.

No para aquí la cosa. Salió el toro siguiente. Lo toreó de capa e intervino en todos los quites. Pero la hemorragia le delató, siendo obligado por su hermano Luis, que actuaba de peón, a entrar en la enfermería.

DIECISIETE AÑOS DE MATADOR DE TOROS

Todavía tardó cinco años a que la Empresa madrileña se decidiera a darle la corrida de confirmación. Al fin, en la primera corrida del segundo abono de la temporada de 1897, un 25 de octubre, don Luis Mazzantini le cedía los trastos de matar ante otra figura señera del toreo: la de Antonio Fuentes.

El tesón, pundonor y vergüenza torera que siempre derrochó el señor Cayetano, le permitieron disputar las palmas durante diecisiete temporadas a hombres tan valerosos como Reverte, «Cara Ancha», «Algabeño», «Guerrita», «Machaco» y los «Bomba», entre otros menos conocidos. Cayetano Leal, que supo ganar una fortuna, supo también gastarla con rumbo de gran señor. Para evitarle un retiro infortunado, el 14 de octubre de 1914 se organizó una corrida de beneficio y despedida en la Plaza madrileña. «Pepe-Hillo» mató al primero de perfecta estocada. Los seis restantes, de Veragua, murieron a manos de Vicente Pastor, Malla, Punteret, Celita, Joselito y Pepe el «Algabeño».

Con la pequeña ayuda de sus derechos de asesor, Cayetano Leal ha vivido estos últimos tiempos en un ambiente de modestia —limpia, digna y caballerosa— rayana en la pobreza. Y después de una prolongada enfermedad se ha extinguido la vida del viejo lidiador que con sus gestos de temeridad supo infundir admiración y respeto hasta a la Muerte misma.

F. MENDO

Cayetano Leal, «Pepe-Hillo», con Joselito, antes de hacer el paseo en la corrida celebrada en 1914 —14 de octubre— a beneficio del torero ahora fallecido



Una de las últimas fotografías del viejo lidiador (Fotos Archivo)

Cayetano Leal, «Pepe-Hillo», que últimamente era asesor de la Plaza de las Ventas, y que ha fallecido durante la semana pasada en Madrid

Se van las viejas glorias taurinas del siglo XIX. La muerte del señor Cayetano Leal, «Pepe-Hillo», se habrá llevado para los supervivientes el recuerdo de los años mozos. Desaparecidos también recientemente Antonio Segura, «Segurita», y Celilio Isasi, «el Alavés», apenas queda otra gran figura madrileña que no sea la del gran Vicente Pastor.

En estos últimos tiempos, mantuve una buena amistad con el señor Cayetano. Archivo viviente de recuerdos y anécdotas, su conversación era siempre interesante. Hablaba de viejas cosas taurinas con aquel aire sereno y cortés que fué su nota característica. Varias veces, al concluir su cometido de asesor en la Plaza de las Ventas, le acompañé calle de Alcalá abajo, hasta el cruce de Goya.

La última vez llevaba una doble intención: la de conversar con «Pepe-Hillo» y, al mismo tiempo, hacerle un reportaje. Y con la misma indiferencia que daba soberbias estocadas, como si lo que narraba no hubieran sido capítulos vivos de su accidentada existencia, me fué contando hechos a cual más interesante. Hoy, al reconstituir los viejos recuerdos del veterano ex lidiador, rindo a su memoria mi póstumo homenaje.

PERROS A FALTA DE TOROS

Cayetano Leal vino al mundo un 7 de agosto de 1865, en el vecino pueblo de Leganés. Ya para entonces el padre había probado fortuna interviniendo de banderillero y cachetero a las órdenes de Angel Pastor. Cansado de malgastar el tiempo con poco provecho, se quedó en el Matadero de Pinto, viniendo este hecho a influir decisivamente en los derroteros de Cayetano. Pronto los corrales del Matadero fueron el palenque donde se deslizaron los primeros «escarceos taurómacos del pequeño». Y cuando no había vacas, ni aun cazurros que torear, Cayetano se las entendía con unos perros mastines que, a fuerza de ser provocados, llegaron a embestir con todo el aire de las reses bravas.

LOS PRIMEROS CONTRATOS

La presentación en Madrid del nuevo torero no se produjo hasta el 16 de agosto de 1887, para estoquear un toro que previamente había sido rejonado por Antonio Rodríguez, «Tabardillo». En los carteles figuraba otro lidiador como encargado de la liquidación del bicho. Pero es lo cierto que tal espada prefirió entregarse a los agentes de la autoridad, ofreciéndose «Pepe-Hillo» a sustituirlo.

A juicio de dos testigos de la categoría de «Frasuelo» y Valentín Martín, que entre barreras esperaban el momento de intervenir en lidia ordinaria, las dos estocadas del improvisado matador lo fueron entrando a recibir, a cambio de no recibir nada —en metálico, se entiende— por

COÑAC
CINTA ORO
SOLERA VIEJISIMA
EMILIO LUSTAU
(JEREZ)

EL HOGAR DE

En el de Agustín Parra, "Parrita", se guarda un fervoroso recuerdo a "Manolete". La madre del torero encaneció en esperas angustiosas

VA mediada la tarde cuando llegamos a la calle. Al abrigo de las tapias que cierran un solar, una viejecita toma golosamente el sol mientras hace punto y espera que algún pequeño parroquiano se decida a comprarle caramelos, o el menestral o empleado, que hizo un alto en el trabajo, adquiere unos cigarrillos. La cesta en la que la viejecita guarda su mercancía va provista de un paño blanco impoluto adornado con una puntilla primorosa, obra, a buen seguro, de la anciana vendedora.

La calle no es muy ancha y por eso no permite que el viento se lleve las voces intactas de las niñas que juegan al corro, cantando:

*De Cataluña vengo
de servir al rey.
¡Ay!, ¡ay!
De servir al rey.*

Mientras «Parrita» se prepara para obsequiarnos, nosotros curioseamos. Sobre el bar, la cabeza en madera de «Manolete»

Agustín Parra con los suyos. La madre no ha podido olvidar la amargura de las horas pasadas. El padre tampoco; pero sonríe ahora



LOS TOREROS

Cerca, a unos metros, trepidan los camiones que van por la Ronda asfaltada lanzados a toda velocidad. Unos obreros de la construcción han cumplido su turno y van en grupo vociferante, comentando las incidencias del último partido de fútbol, hacia la próxima estación del "Metro" de Manuel Becerra.

Con su largo saco vacío al hombro, un sujeto, que parece el dueño y señor de esta calle y de todas las calles de la capital, lanza a los cuatro vientos su pregón fatigado: "El traperooo. Camas, ropas y muebles viejos que vender. El traperooo."

Los edificios de esta calle nueva no han logrado dar a la vía traza propia. Demasiado cemento y poca imaginación. La vida empuja sin miramientos y no queda minuto que dedicar al puro goce del espíritu.

Sólo esas niñas que cantan en corro y la viejecita que toma el sol ponen pinceladas gratas en esta estampa ciudadana. La vida que empieza y la que se va tienen, aunque no lo sepan, su poesía.

También la calle, como un gato perezoso, parece gozar de la caricia del sol otoñal. El peatón, sin saber a ciencia cierta la razón, acorta su paso y camina calmosamente, derrochando minutos como quien desprecia monedas a cambio del grato placer de entornar los ojos y seguir su camino imaginando encuentros placenteros y aventuras sin hiel.

Muy de vez en vez, el agrio clarinazo de algún coche rasga la paz de la calle en calma y es entonces, sólo entonces, cuando la viejecita suspende por unos segundos su labor para ver cómo pasa por la calzada el vehículo y, de paso, volver a su sitio las gafas que le resbalan a menudo; las niñas que cantan y juegan ganan la acera, asustadas, como en vuelo de palomas. Vuelve la paz tan pronto como el automóvil desaparece, y con la paz renace el gozoso encanto de esta hora dorada.

Pronto quedará la calle sin cánticos ni risas; la ancianita dará por concluida su jornada y por las paredes se pasearán las sombras de los enamorados que caminan sin prisa hacia ninguna parte y se juran amor sin pronunciar palabras, hundidos en el misterio prometedor de una sonrisa.

En esta calle está el hogar de Agustín Parra Dueñas. Ya sabéis quién es Agustín Parra y cómo, casi a final de temporada, fué cogido por un toro que le hirió gravísimamente. Ahora, Agustín ha olvidado ya las horas malas y se siente recobrado. Unos médicos eminentes derrocharon afanes y desvelos para salvar su vida; el herido tuvo fe y Dios quiso amparar al torero valiente, que no se asustó de verle la cara a la última verdad de este mundo.

Agustín nos esperaba acompañado por unos amigos de su intimidad. En el saloncito hay recuerdos de la vida artística del torero. Es bonita la cabeza del toro de Santa Coloma que "Parrita" mató en una corrida a beneficio del Mon-

A "Parrita" le agrada sobremanera leer, sobre todo si los libros que llegan a sus manos son textos vivos que reflejan episodios reales



La casa de «Parrita» está siempre abierta para los buenos amigos del torero. En la foto, la madre de Agustín atiende a los visitantes



tepio del Cuerpo de Policía, y está en lugar preferente, porque fué durante la faena a aquel toro cuando Agustín toreó por primera vez al natural de rodillas en la Plaza de Madrid. A ambos lados de esta cabeza de toro, fotografías de la alternativa de Agustín Parra. Hay en el saloncito un retrato a lápiz de "Manolete" y una cabeza en madera que reproduce muy fielmente los rasgos del infortunado cordobés. Detrás de esta obra escultórica hay un modesto programa taurino. En este programa, que lleva la fecha del 9 de agosto de 1942, se anuncia la presentación en la Plaza de toros de Algeciras de Agustín Parra Dueñas, hijo del famoso banderillero Bartolomé Parra, "Parrita". Ese día estrenó Agustín su primer traje de luces. Tiene "Parrita" en este saloncito una bella estampa del Cristo del Gran Poder, una placa de plata, regalo de la Diputación de Madrid; un retrato dibujado por Vadillo, un cuadro de Saavedra, una caricatura recortada en chapa y fotografías y regalos que se complace en guardar. Abre el torero el mueble bar y nos obsequia con unas copas de coñac francés.

La dueña de la casa tiene el pelo blanco tras ocho años de angustiosas esperas. Quiso el hijo triunfar como torero, y lo consiguió a fuerza de valor y arte, pero a costa de la tranquilidad de la madre, siempre en temeraria tensión por la suerte del hijo, que por conseguir para ella bienestar no vaciló en desafiar a la muerte. Los dos han sufrido y se han sacrificado. Ahora, olvidadas temporalmente las horas de incertidumbre, los dos gozan jubilosamente este gran amor, que es uno de los pocos que tiene algo de divino entre los humanos. El hijo bromea y ríe, y la madre no quiere renunciar a sus caricias; pero cuando el juego cesa, esta mujer, que sabe bien lo que es la angustia de la incertidumbre que amenaza con llevarse más allá de las fronteras terrenales el bien más querido, queda otra vez seria, como si, a pesar suyo, recordase de nuevo las horas amargas. Bartolomé Parra va de un lado a otro, serio y pensativo, y sólo cuando el fotógrafo dispara cambia la expresión de su rostro.

"Parrita" es hijo único, y su hogar es, lógicamente, el que corresponde a una familia corta. Nos lo enseña despacio; pero al llegar al "cuarto del miedo" pasa rápidamente chanceando. El cuarto del miedo tiene un gran armario, en el que se guardan los trajes de luces, los capotes, estoches, monteras y muletas. Bromea Agustín, y volvemos a la habitación en la que los amigos del matador esperan.

Unos momentos de charla, la despedida, cordial y simpática, y nos encontramos de nuevo en la calle, ahora en absoluto silencio y poblada de sombras. Una calle más de este Madrid nuevo, que cada día nos regala alguna sorpresa grata.

BARICO

Agustín es hombre complaciente, y por ello no tiene inconveniente en posar unos momentos para que Ugalde tome apuntes (Fotos Actualidad)



Resumen de mi temporada EL DOCTOR ZUMEL

12 de marzo. Plaza de Toros de Valladolid. En el ruedo, Domingo Ortega, Fernando Domínguez, "Parrita" y Paco Muñoz. En los tendidos no cabe ni un alfiler. Sol de primavera en el cielo. Y en los espectadores esa alegría especial que proporciona la primera corrida del año. Una alegría que probablemente ya no se volverá a tener en toda la temporada. La primera corrida del año nos produce la misma sensación de un amanecer visto después de dormir diez horas de un tirón. Todo nos parece más bello. Nos sentimos optimistas. Y el aplauso, a la salida de las cuadrillas, es cálido y espontáneo. Y a los toreros se les juzga sin acritud. Y hasta los toretes se nos antojan más majos. En fin, que esta uno a gusto. Vi este primer festival al lado de "Clarito", el ilustre crítico taurino, y del doctor Zumel. Habíamos almorzado en casa de este último, a pocos kilómetros de Valladolid, en su finca, casi a orillas del Pisuega. Domingo Ortega, "Parrita" y Paco Muñoz también tomaron un bocado. Hacia una mañana verdaderamente deliciosa. Estuvimos recorriendo los sembrados, la huerta, viendo los tractores, una de las pasiones de Domingo Ortega. El gran encanto de los festivales es este de poder hablar con los toreros no advirtiendo en ellos esa sombra de la preocupación que, quieran o no, entenebrece sus rostros los días de corrida. "Parrita" y Paco Muñoz, chavales triunfantes y enriquecidos cuando los de su edad aun luchan con el incierto porvenir, bromean y cuentan lances y chirigotas del placentero invierno, que ya quedó atrás. La temporada va a comenzar para ellos pronto; pero esta tarde van a jugar un poco al toro. Ya vendrán las mañanas ceñudas, de fiesta para todos, menos para ellos. Hoy van a divertir al público, divirtiéndose ellos también.



El doctor Zumel y sus hermanos se desviven por atender a sus invitados. El doctor Zumel es un hombre que rebosa cordialidad. Es un castellano puro. Efusivo, pero sin empalago. No precisa acudir a la lisonja para captarnos la simpatía. Cuando abre su mano para estrechar la nuestra nos abre el camino de la amistad.

El doctor Zumel es un gran aficionado. El doctor Zumel conoce, además del toreo, lo más misterioso, lo que hace que el arte del toreo sea un arte sin parangón: las cornadas. La herida que produce el cuerno de un toro es siempre misteriosa. Demasiadas veces su trayectoria es tan intrincada como un laberinto. Y se necesitan manos muy expertas para bucear en ella.

En este mediodía prodigioso corretea "Parrita" jugando con el chiquillo de Zumel. El doctor los contempla a los dos con mirada paternal, porque a los dos les ha dado la vida: al uno, con su sangre, y al otro, con su ciencia. ¡Quién les iba a decir aquella mañana marceña, al cirujano y al torero, que de nuevo, como tras aquella cornada sufrida por "Parrita" en Granada y curadas sus derivaciones por el doctor Zumel, se encontraría el doctor con la vida del torero entre sus manos, vida que se quería escapar por el boquete de una brutal cornada, manos que manipularían allí dentro y que como pinzas cogerían a la muerte, que ya estaba agazapada, y la echarían fuera, no sin una ruda y trágica batalla!

¡La cornada de "Parrita"! Cuando llegamos al Sanatorio madrileño Domingo Ortega y yo, procedentes de Arganda, donde se había celebrado un festival, al que acudí de espectador el doctor Zumel, y en donde le comunicaron la noticia y el deseo de que atendiera al herido, el doctor Zumel se disponía a intervenir. Penetramos Domingo y yo en el quirófano.

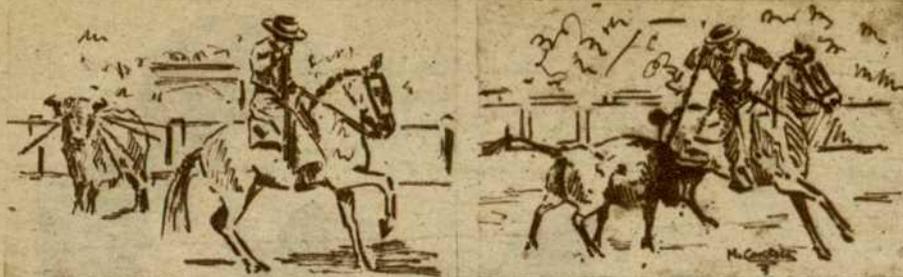
—¿Qué tiene?—le preguntamos ansiosos.
Por toda contestación el doctor Zumel levantó la sábana que cubría la cornada. Tuve unos segundos fija la vista en ella, y mis ojos se cerraron horrorizados. Salí. Por el pasillo inmediato el padre de "Parrita" se paseaba como un sonámbulo. Las monjas enfermeras entraban y salían del quirófano silenciosas, como ingravidas. El padre de "Parrita", de pronto, se para. Pasa su mano por su rostro. Al separarla se la mira. Está húmeda. Entonces se restriega con furia los ojos. Encendió un pitillo. Le dió dos chupadas y lo tiró. En sus paseos eludía acercarse al quirófano. Yo estaba pegado a su puerta —Domingo Ortega se había quedado dentro—. Nada se oía detrás de ella. Quería apartarme de allí y no podía. En mis ojos tenía la cornada. La tuve muchos días. La tengo ahora al evocarla.

Y entonces —y ahora— me acordaba de aquella mañana marceña, en el campo vallisoletano, cuando "Parrita" jugueteaba con el chiquillo de Zumel, mientras éste los contemplaba a los dos con mirada paternal.

¡La cornada de "Parrita"! ¡Las cornadas de los toreros! Son misteriosas. Entra el cuerno, rompe, rasga, destroza, guiado por el destino de cada uno. Si no se detiene en un punto, es la vida la que se para.

En este resumen de mi temporada —que repito no será ni metódico ni meticuloso— no podía faltar un comentario en honor del doctor Zumel y un recuerdo de la cornada de "Parrita", que es lo más serio que en el curso de ella ocurrió.

ANTONIO DIAZ-CARABATE



PREGON DE TOROS Por JUAN LEON

NADA tan cambiante como la noticia taurina. Si le aseguran a usted que un diestro va a emprender viaje a Venezuela, puede pensar tranquilamente que lo más probable es que marche a un cortijo salmantino; si le dicen que se ha formado un "trust" para acaparar todas las Plazas, todos los toros y todas las corridas entre media docena de toreros, debe sospechar que de los seis, dos por lo menos, se quedarán al paio; dos traicionaran al "trust", porque no son ellos los que mandan, y los otros dos, a mitad del ensayo, quedarán arruinados y tendrán que entregarse en brazos de cualquier empresario audaz; y si le hablan, en fin, del pleito taurino hispanomejicano, diciéndole que está ya resuelto, puede tener la seguridad absoluta de que no pasarán veinticuatro horas sin saber que el arreglo es de todo punto imposible.

Este es un momento, quizá el más importante desde 1947, en el que se habla del pleito con mayor insistencia. La nueva Junta taurina del Grupo taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, presidida por "Parrita" e integrada por diestros que siempre se mostraron propicios a un acuerdo, y la confusa situación mejicana, inducen a creer, a dar por seguro, que la solución del pleito está ya en la mano, que es un hecho a realizar a dos o tres meses vista.

Los públicos, que cifran su diversión en la máxima competencia, se ilusionan, y mientras tanto operan quienes manejan los resortes que con miras muy distintas a ellos agitan el cotarro. Allí, la huelga planteada entre toreros libres y toreros sindicados, es la culminación de estos años decadentes para el espectáculo, en tanto que acá se debate el eterno tema del toro chico, joven e inválido, como síntoma de semejante decadencia. La fórmula para resolver ambas situaciones con el resurgimiento de una afición entusiasmada, capaz de llenar las Plazas con cualquier cartel y en cualquier día, estriba en la abundancia, aquí y allá, de diestros desconocidos, con una cierta nombradía, pero incógnitos: los de España, para Méjico, y al contrario.

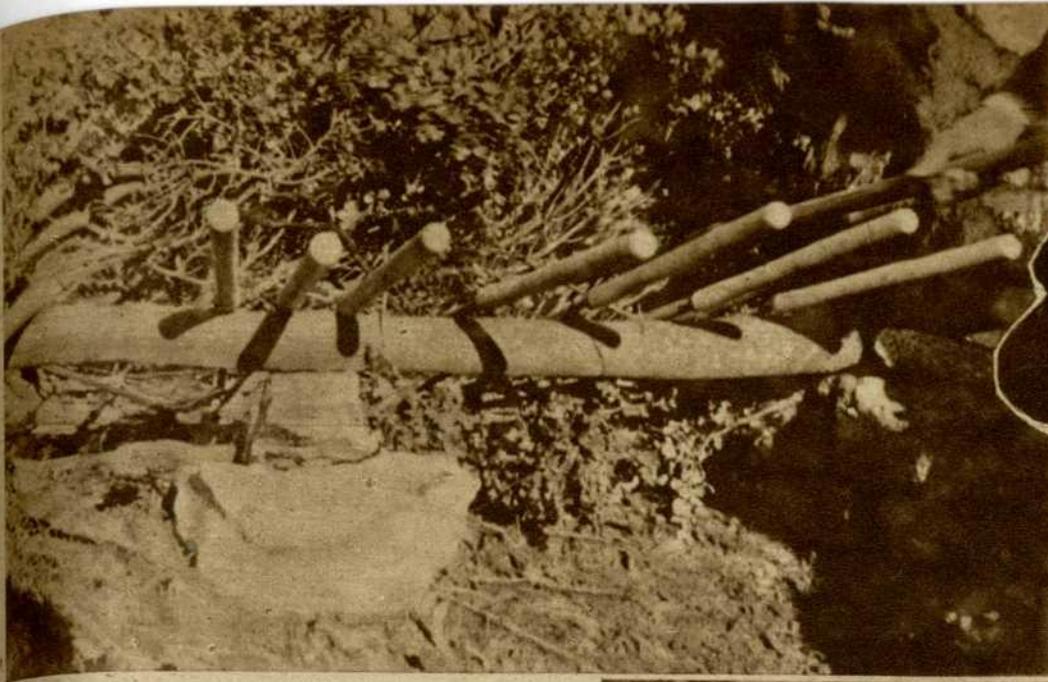
Probablemente, los mencionados agitadores del cotarro a que nos hemos referido piensan en esto como en la tabla de salvación más segura, y se desprecupan allá de los problemas sindicales, y acá de los planteados en torno a la inofensividad del toro. Unos y otros, aunque no crean que el arreglo pueda constituir una definitiva salvación de la Fiesta, están seguros de que puede convertirse, transitoriamente, en un milagro primaveral, como el producido en el olmo viejo de Machado, hendido por el rayo y en su mitad podrido, al que con las lluvias de abril y el sol de mayo le salieron verdes hojas juveniles.

Con estos razonamientos y otros muy semejantes le elaboran a ustedes la grata noticia del inminente arreglo, se la dan como cierta, se la complementan con otras que aseguran que tales y cuales diestros mejicanos tienen ya concedido el visado para España, y que estos otros diestros españoles van a embarcar o a volar rumbo a Méjico. Los aficionados de allá piensan que de un modo inminente, antes de que acabe este año, en el mismo diciembre próximo, que encierra las mejores fechas de su temporada, van a tener en sus ruedos toreros españoles, mientras los aficionados de acá confían que, desde la Magdalena al Pilar, habrá pocos carteles sin que figure en ellos un diestro mejicano. Pero no se ilusionen demasiado. Ni en España ni en Méjico se han tomado todavía medidas eficaces, verdaderamente encaminadas a la solución con vistas al interés de los públicos. Se trata tan sólo de elucubraciones de empresarios, apoderados y ganaderos que sueñan día y noche con el incremento de sus negocios, sin pensar lo más mínimo en ustedes, señores aficionados.

No; no deben poner demasiada confianza en las noticias taurinas de invierno... Piensen lo peor, sin achicarse, sin "venirse abajo", sin decaimientos de ninguna especie y esperen. La Fiesta —nuestra Fiesta— no es tan vieja como se dice; es más que probable que su ciclo histórico no esté culminado, ni mucho menos, y que le resten muchos lustros de vida, y deben por ello acudir cada tarde a su barrera, a su tendido, a su grada o a su andanada, porque en lo más insospechado, en el albero de cualquier ruedo, puede surgir el motivo de una nueva ilusión.

(Dibujos de Manuel Carrasco y Jiménez Llorente.)





PINCELADAS CAMPERAS

El herradero

CON la caída de la hoja y la aparición de los primeros frios se inician en los cerrados de reses bravas las faenas de herradero o acto de marcar las crías con el hierro de la ganadería.

Si ordinariamente para la gente profana la operación resulta harto monótona, es, sin embargo, para el ganadero y el aficionado, de suma importancia e interés. No tiene, en verdad, el empaque ni la alegría y la vistosidad de cualquier otra faena campera, como la tiente, las encerronas y el acoso. Y quizá por eso, el que por vez primera asiste al herradero se cansa y aburre al poco tiempo de la repetición de escenas regularmente matemáticas.

Pero, bien mirado, el herradero tiene su encanto, su sabor, su tradición y su rito. Representa algo más que la vulgar y mecánica acción de aplicar sobre la piel de las imberbes reses el candente hierro con el distintivo de la ganadería. Significa, sencillamente, la solemne ceremonia del bautizo de los chotos, de su ingreso oficial en el registro de la vacada y de la adquisición, dentro de ella, de una personalidad hasta entonces ignorada.

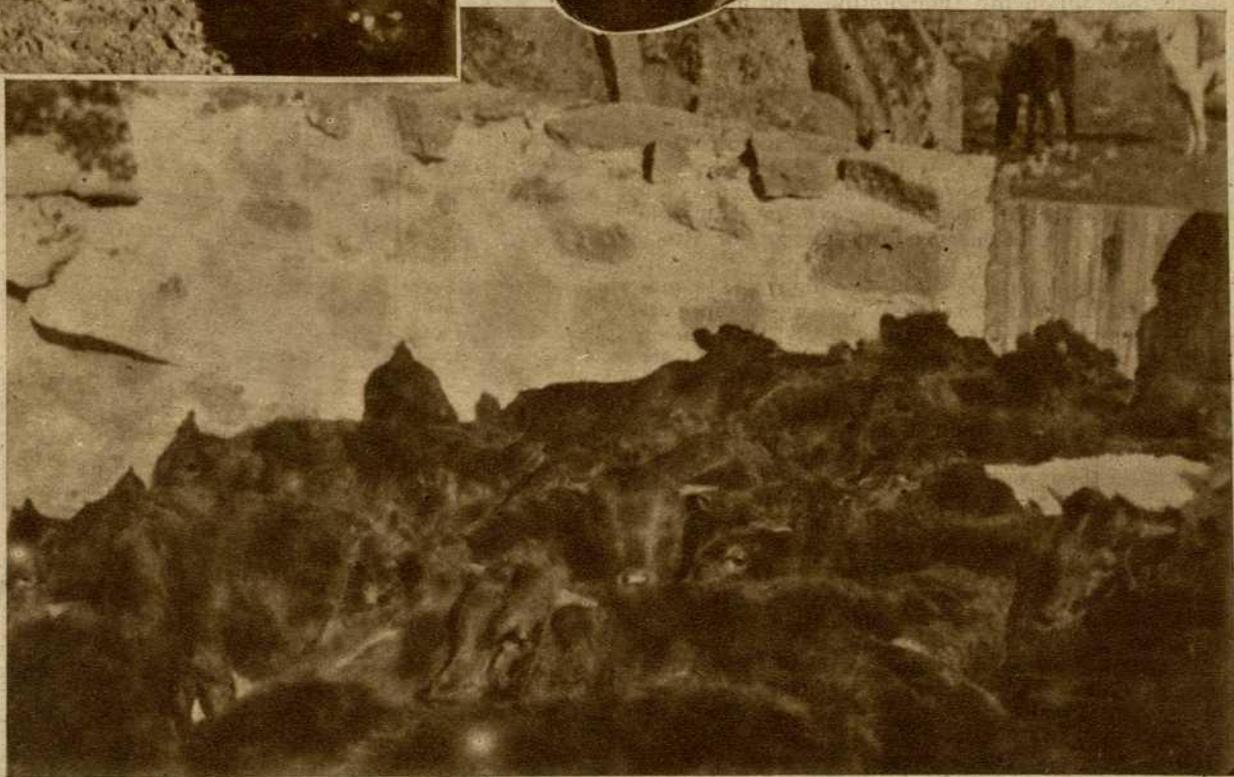
Chisporrotea el ramaje en la hoguera en que se calientan los hierros de largo mango: apretujados unos contra otros, en reducido corralillo, berrean lastimeros los reventales, como si su instinto les avisase el peligro: vaqueros, pastores y zagales muévense incesantemente en trajín agotador: unos, enlazando los bichejos; otros, sujetándolos y derribándolos, y algunos más, numerando, marcando y señalando; mayoral y ganadero siguen con atención el desarrollo de la faena y anotan en sendos cuadernos el nombre que va dándose a cada animalillo, así como el correspondiente número y demás características individuales, mientras un olor a carne chamuscada se enseñorea del recinto campestre donde la operación se realiza.

De cuando en cuando hay una tregua por breves momentos. Viene muy bien el descanso para que los hierros vuelvan al rojo y la gente trabajadora reponga fuerzas. Y tras el ligero bocadillo, las ásperas y ensangrentadas manos estrujan la bota de morapio en interminables tragos. Y surgen los comentarios, las anécdotas, los chistes, girando las conversaciones alrededor del campo y de las reses.

—Hay que ver cómo están los chotos de lucios y la fuerza que tienen los condenaos—dice un zagal, restregándose el sudor de la frente, no obstante el fresquillo serrano que corre por la dehesa.

—¿Cómo quies que estén, sin haber pasao gazuza las vacas ni tan siquiera en estos últimos meses, en que por ningún sitio ha habido lo que se dice una granza? Bien beneficiás las madres, los chotos puen tirar de la teta to lo que quieren. ¡Así son éstos de crecios y guapos!—contesta al mozalbete el conocedor, hombre grave y sentencioso, curtida su morena piel por la brisa guadarrameña.

La conversación se generaliza, y salen a relucir toros notables, hijos de los mismos padres



De aquí a tres años lo más tardar, si Dios quiere, veremos cómo responde mi ahijado. Mientras tanto no estará de más le haga alguna visita de cumplido para ver la forma de decirle que procure ser, no sólo bravo, sino bondadoso y formalito. Y si me entiende creo habrá de hacerme caso.

AREVA

(Fotos Vera.)

que los becerros herrados—o por herrar: el "Bottillero", de Pamplona; el "Presidiario", de Oviedo; el "Bolerito", de Santander; el "Tercero", y el "Azafatero", de Madrid; el "Barito", el "Patillero"...

Se reanuda la labor, luego de dar nuevo tiento a la bota, y al dejar aviado al último chotillo, poniéndole en libertad, surge, humeante, la clásica caldereta, que en pleno campo es devorada con verdadero apetito...

Por enésima vez, con el mismo o mayor entusiasmo que la primera, asiste hace diez o doce días a un herradero. Y si ahora de algo me arrepiento es únicamente de la gran responsabilidad contraída al *apadrinar* un becerro, dejándole impresa en su nalga, con el candente hierro, la jaula y el pájaro encima, marca acreditada de la ganadería. Por lo demás, satisfechísimo.

"Bolerito", número 40, castaño y vivaracho, me tiene preocupado. ¿Me dejará en su día en mal lugar? ¿Cumplirá como los buenos? ¿Será de bandera? ¿Realizará alguna fechoría?



El mérito del toreo estriba en la forma circular de hacerle

UNA entrevista celebrada con el genial matador de toros, alejado voluntariamente de los ruedos, Victoriano de la Serna, por nuestra colaboradora Pilar Yvars nos ha sugerido el tema para trazar estas líneas.

El diestro segoviano, hoy criador de reses bravas, refiriéndose a la ejecución del pase denominado impropriamente "manoletina", no ha vacilado en darle el calificativo de "paralelo".

—¿Qué es eso de un pase "paralelo"?—se habrá preguntado seguramente algún lector.

No ha pretendido el médico-torero llamar a los bobos a los espectadores que se entusiasman con el citado pase, cuyo título auténtico debe ser "lasernina".

Victoriano de la Serna, dejando las cosas en su debido lugar, se ha referido, seguramente, a la notable diferencia que existe de torear por alto y por bajo.

En efecto, a todo lo que se realiza con la muleta pasando a los toros por alto puede aplicarse el nombre de toreo "paralelo", y "circular" a lo que por bajo se verifica, siendo esta última forma la más meritoria, porque es el torero quien domina y manda en el toro.

En los pases ejecutados por alto, que no es preciso enumeremos, situado el lidiador en su terreno, no tiene nada más que esperar la arrancada del toro, que en línea recta avanza sobre el engaño que se le presenta. Estos pases, a los que la crítica de tiempos pasados llamó de "guardabarrera", por la semejanza que ofrece el toro circulando por una imaginaria vía y el torero a un ferroviario con el banderín en las manos inmediato a ellas, son únicamente espectaculares, porque no tienen hondura ni largura, habiéndoselos dado el nombre por los críticos de hogar de "estatuarios".

Pocas personas ignoran que a las líneas que se prolongan sin encontrarse se las llaman paralelas. Y en este sentido se nos figura que se expresó el ex torero castellano.

Por nuestra parte, y como única excepción, separamos de todos ellos el de pecho, que, iniciado por bajo, se remata por alto, y en el que el lidiador, perfilado, sin tratarse de un pase circular, lleva a la res embebido en la muleta, siendo por consiguiente el que manda en la situación.



El pase de pecho, el único que se remata por alto llevando a la res, previamente, embebida en la muleta

Pero, repetimos, que en los demás pases por alto, y sobre todo en los que se ejecutan a toro arrancado, es éste el que pone más en el empeño, limitándose el lidiador a acompañar con la tela roja en su viaje a las reses.

El verdadero mérito del toreo con la muleta radica en todo lo que se ejecuta por bajo y más aún cuando el artista, frente a frente, tiene que ir hasta el terreno del toro en lugar de esperar la arrancada de éste, provocada o natural.

Y llámasele toreo circular porque el burel, a impulso del diestro, es el que más o menos lentamente, según el ritmo que se imprime a la muleta, hace girar en torno del torero a la fiera astada hasta consumir el toreo en redondo, si no consigue esto con un solo pase continuado.



Otro aspecto del toreo por alto, en el que no es preciso llevar el toro en la muleta hacia su terreno



Y lo mismo ocurre en la llamada, impropriamente, «manoletina». ¡Todo toreo paralelo!



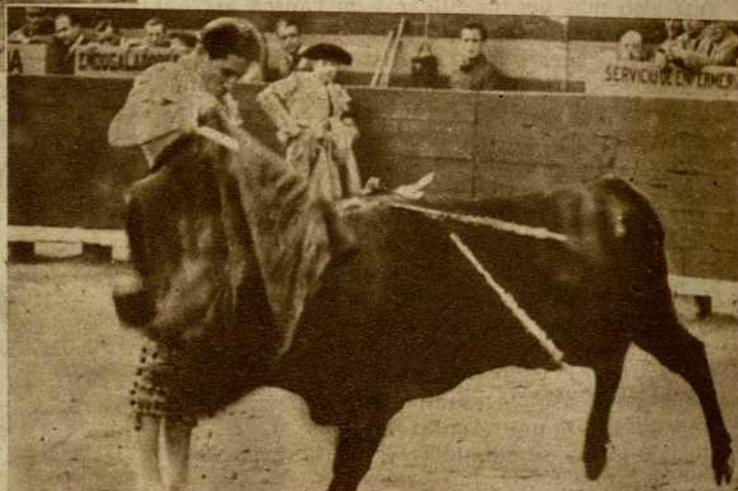
Quieto el torero, éste espera con el telón en las manos la llegada del toro, que camina derecho por la vía

tural, seguramente que se volverían a sus respectivas tumbas avergonzados.

Los que ya somos viejos no se nos va de la memoria una corrida en la que Ricardo Torres, "Bombita", y Vicente Pastor despacharon seis toros de Benjumea. Ocurrió esto por el año 11 ó 12, y los que presenciábamos aquel mano a mano en la vieja Plaza madrileña nos quedamos sorprendidos al ver cómo el torero de la calle de Embajadores ligó en terrenos de los toriles varios pases naturales haciendo así el toreo en redondo, cosa que por entonces estaba desterrado de las plazas.

Aprovechamos la ocasión para insistir en que no se puede llamar en redondo a un sólo pase natural, porque éste sólo describe, cuando más, medio círculo y ha de formarle entero con dos o más pases.

Quedamos, pues, en que el toreo con la muleta por bajo es el circular, no pudiéndose captar



En el toreo por bajo, el cornúpeto, embebido en los vuelos de la roja muleta, empieza a describir un círculo en torno del lidiador hasta hacer el toreo en redondo; captado en toda su extensión únicamente por el tomavistas cinematográfico

Los pases naturales son los que hacen perder más fuerza en las patas a los toros, porque el destronque le sufren en ellas y en la medula espinal, a diferencia de lo que ocasionan los altos.

Y éstos son aquellos que en lugar de marcar la salida al toro en "semicírculo", por bajo del hocico como los naturales, da el diestro por encima de la cabeza de la res.

Hace muchos años los matadores ejecutaban un pase, alto, alzando la muleta perpendicular o rectamente, que unos dieron en llamar de "telón" y otros de la "muerte", cosa que por ser un camelo pasó definitivamente a la historia.

Volviendo al toreo circular, si los antiguos toreros levantaran la cabeza y vieran al grado de perfeccionamiento que había llegado el pase na-

en toda su extensión nada más que por el tomavistas cinematográfico, y que para dar el pase natural con el máximo de extensión, el torero, al girar el busto, no puede estar frente a frente al cornudo, sino perfilado lo debidamente, corriendo el toro a lo largo del brazo o siguiendo según por el lado en que se ejecute el pase.

Esta es la superioridad de este toreo sobre el que se realiza por alto, llamado muy oportunamente por Victoriano de la Serna "paralelo" en la entrevista a que hicimos referencia al principio de este reportaje sin pretensiones técnicas ni doctrinales, sino como observaciones de un veterano aficionado a la fiesta más nacional.



Las presidentas del festival: las populares artistas Lola Flores, Nati Mistral, Conchita Montes y Conchita Santos

Domingo Ortega en uno de sus pases peculiares

LOS TOREROS SE DIVIERTEN
 En un festival celebrado el domingo en Valencia alternaron Domingo Ortega, Victoriano de la Serna, «Rafaelillo», Antonio Bienvenida, Rafael Perea, «Boni», y el «Diamante Negro»



Vicente Barrera, que presidía, hizo un quite. Los novillos fueron de la ganadería de Victoriano de la Serna



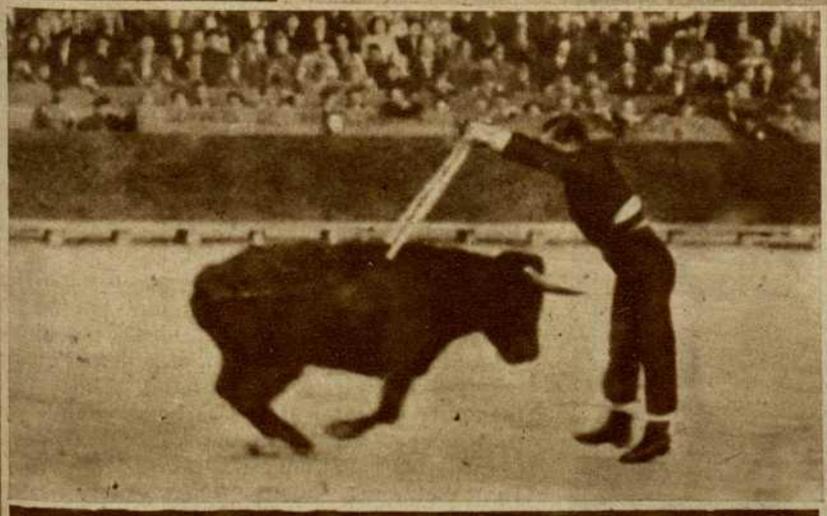
Victoriano de la Serna viendo morir a su novillote

Rafael Perea, «Boni», en un lance

A petición del público, Vicente Barrera bajó al ruedo y se lució en un quite
 (Fotos Luis Vidal)



«Rafaelillo» rematando un quite



Un par de banderillas de Antonio Bienvenida



Una manoletina del «Diamante Negro»

ALLA por el año 1896 —visperas tristes de la liquidación de las colonias—, el sevillano barrio de Triana era, poco más, poco menos, como le vemos hoy: cordial y misterioso, marinero y gitano. Había como ahora tiestos de geranios por los balcones y bellos rostros de mujer enmarcados entre los rizados de las rejas. Acá y allá resonaba el tantán monótono de las fraguas —los martillos machacando, en el fuego de Manuel Cagancho, a ritmo de martinete— y en cualquier esquina brotaba, espontáneo, el revuelo jovial de los volantes y el repique profano de los palillos. En vano, hoy, algunos rasgos de innumera modernidad —una sucursal de Banco, como noi, en el mismo emplazamiento de «Berrinche»; algunas obras del cauce del río, tal los discutidos malecones entre el puente de Isabel II y el del ferrocarril; algunos escaparates a la europea en el cogollo del Altozano...— han atentado contra la fisonomía de Triana. Triana sigue igual, incommovible, con el ancla echada sobre su proverbial tipismo, con sus puestos humeantes de masa frita; sus tenderetes de chucherías, su chiquillería haragana y escandalosa, sus tabernas llenas de pasión y de ruidos, y su Cava, pintoresca y genial, arisca a los dictados del más elemental urbanismo y a las inquietudes del mínimo progreso. Así la conocieron nuestros padres y nuestros abuelos. Así era cuando, al finalizar el siglo, el mismo mundo que había declarado la baja de los valores españoles, decretaba el alza de nuestros motivos típicos.

Hoy, al iniciar la biografía de uno de sus héroes taurinos, Manuel García López, «Maera» —el torero de la gloria difícil—, nos hemos situado ante la casa de su natalicio —el 107 de la calle Pages del Corro, algo así como la Quinta Avenida de la gitanería de la Cava—, con ánimo de evocación. Nada delata cambios de consideración en la fisonomía, en la traza urbana de este rincón sevillanísimo —de los más famosos— que si no fué la cuna de la escuela sevillana del toro —no hay por qué robar esta gloria limpia a San Bernardo—, sí fué y es una de las fuentes fecundas de su dirección actual. En esta casa, desvenecjada por los años, sobre cuyas tejas luce la mancha dorada del jaramago, nació «Maera» el 9 de febrero de 1896, primer fruto del matrimonio —feliz y bien avenido— de dos trianeros de sentimiento y cuna, Manuel García González y Josefa López García, que se casaron en Santa Ana, la iglesia más antigua de Sevilla, catedral del Barrio, en donde ambos también recibieron las aguas del Jordán. Hace ya, pues, cincuenta y cuatro años que veía la primera luz —y veintiséis de su muerte— el torero extraordinario creador del apodo «Maera». Y todavía se le

recuerda y se le quiere con un orgullo deslumbrado y vivo. «Si él viviera, no me vería como me veo.» Lo dice el viejo Carmona, que hoy hace frente a los embates de la vida llevando recados. Carmona fué un día lejano hombre de posición, que al frente de un opulento almacén de aceitunas hizo bien a los pobres. En una ocasión, cuando «Maera» comenzaba a luchar, Carmona lo llamó y le dió de cenar. «Maera» no lo olvidó jamás, y antes de morir el torero, Carmona, ya arruinado, había recibido de él pruebas generosas de su espíritu agradecido. «Paíto», el pintoresco personaje que Sanlúcar de Barrameda, nos manda todos los años, para la Feria de abril, el incansable bailarón honorario de todas las casetas, también se acuerda de «Maera» y ahora las veces innumeras que el trianero le salvó, con un quite rumboso, de «las cornadas del hombre». «Paíto» tuvo siempre muy mal



Una verónica de «Maera»

oído. No nos referimos a esa sordera que le permite bailar sevillanas sin oír la orquesta, como se ha comprobado muchas veces con sólo ordenar a los músicos que dejen de tocar. El mal oído de «Paíto» fué anterior a su sordera, y entusiasmaba a «Maera», que le pagaba con rumbo para divertirse, viéndole, torpemente, emular a Silverio o Chacón.

Manuel García pasó por la vida como un torrente de humor, de alegría, de perpetua broma —muchas veces tan crueles como ingeniosas—, que sus deudos y allegados cuentan enseñando el marfil de la última muela. A un protegido suyo, «El Colorao», empeñado en ser torero, le paseó un día por el barrio con traje de luces, llevando por coleta una saboga del Guadalquivir. A otro falso aspirante lo amarró a la cama para que no desertara —como lo había hecho antes— una vez anunciado

en una nocturna. A su cuadrilla, un día frío, le obligó a bañarse en el río, so pena de despedirlos. Todos debían a Manuel favores como para no romper. Y cinco hombres tiritaron de frío bajo las aguas, por no contrariar a quien compensaba sobradamente la arbitrariedad de sus caprichos y sus chanzas con largueza y rumbo. Sol y sombra, cara y cruz de una vida, apresurada como un torbellino, que se quemó en alegre pirotecnia, después de haber dejado afectos y lealtades que llenaron de consuelo los últimos días de su existencia en su lecho sombrío de enfermo desahuciado de la ciencia.

Estos son los rasgos más salientes de «Maera» hombre, los perfiles de una vida a quien la falta de frenos deslizó por la pendiente loca del placer y a quien la propia liberalidad, la anchura del corazón, le perdió muchas veces.

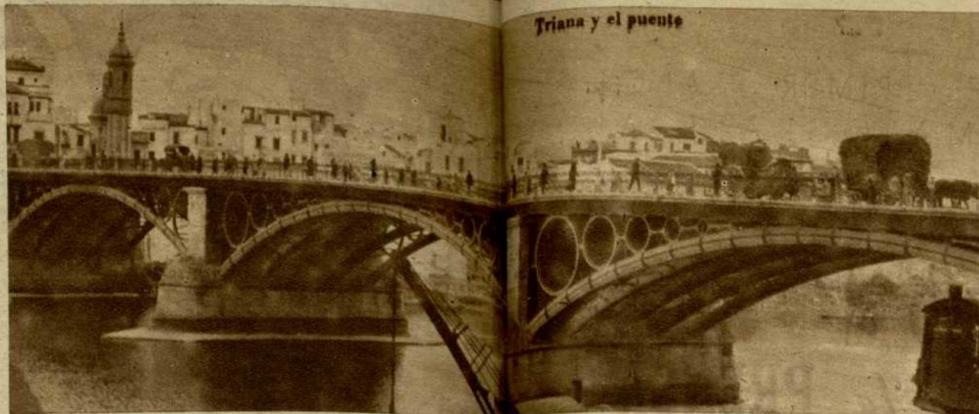
Aun vive la madre de «Maera», anciana simpática, que cuenta con la veneración de la vecindad, y en cuyas canas se leen largos y hondos sufrimientos. Su marido murió en 1915, cuando Manuel García daba los primeros pasos en su arriesgada profesión y se llevó al otro mundo la emoción del peligro, entrevisto apenas, desde su plácida y afanosa dedicación de alfarero, oficio en el que inútilmente había tratado de enseñar a su hijo. También fué inútil el intento de atarlo al yunque de una fragua, engolfado como anduvo «Maera», desde sus tiernos años, en el mundillo taurino trianero, donde Juan Belmonte, su amigo particular, comenzaba su carrera de símbolo. «Berrinche», «Sol Saliente» y «La Conchita», tabernas del Altozano, eran los



«Maera» en el pecho

Así fué como se decidió su tardía vocación. Y bien que toda su carrera se resentirá, ya que pocos hombres se vieron obligados a luchar, para triunfar, como él, contra peores circunstancias. «Joselito» y Belmonte eran ya dueños y señores del toro. El destino así se le dió tasado, porque su vida sería corta como un meteoro. En 1924, una grave afección al pecho lo arrancó de los brazos de la gloria. La gloria que ya se le había rendido.

DON CELES



Triana y el puente

GALERIA DE LIDIADORES DE RESES BRAVAS

MAERA, EL TORERO DE LA GLORIA DIFÍCIL

Su perfil humano: infancia, juventud y muerte.—Su mundo de bromas, de caridos y de placeres

«El Colorao», Carmona y «El Pat» personajes de su predilección



Tres fotos de la infancia de Manuel García «Maera»





SITUADA, COMO SIEMPRE, EN EL PRIMER PLANO DE LA ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



causa sensación en el

PALACIO de la PRENSA

con

VORAGINE

Gene Tierney - Richard Conte - José Ferrer
Charles Bickford

Director: **Otto Preminger**

(AUTORIZADA PARA MAYORES)

Y en el

CALLAO

con el triunfo definitivo de una película SENCILLAMENTE DELICIOSA

HABLAN las CAMPANAS

Loretta Young-Celeste Holm-Hugh Marlowe

Director: **Henry Koster**

(TOLERADA PARA MENORES)



RECUERDEN ESTOS TITULOS:

¡AMBICIOSA!

Linda Darnell
Cornel Wilde

REGRESARON TRES

Claudette Colbert-Sessue Hayakawa
Patric Knowles

EL PISTOLERO

Gregory Peck
Helen Westcott

P I N K Y

Jeanne Crain
Ethel Barrymore
William Lundigan

¡SITIADOS!

Montgomery Clift
Paul Douglas
Cornell Borchers

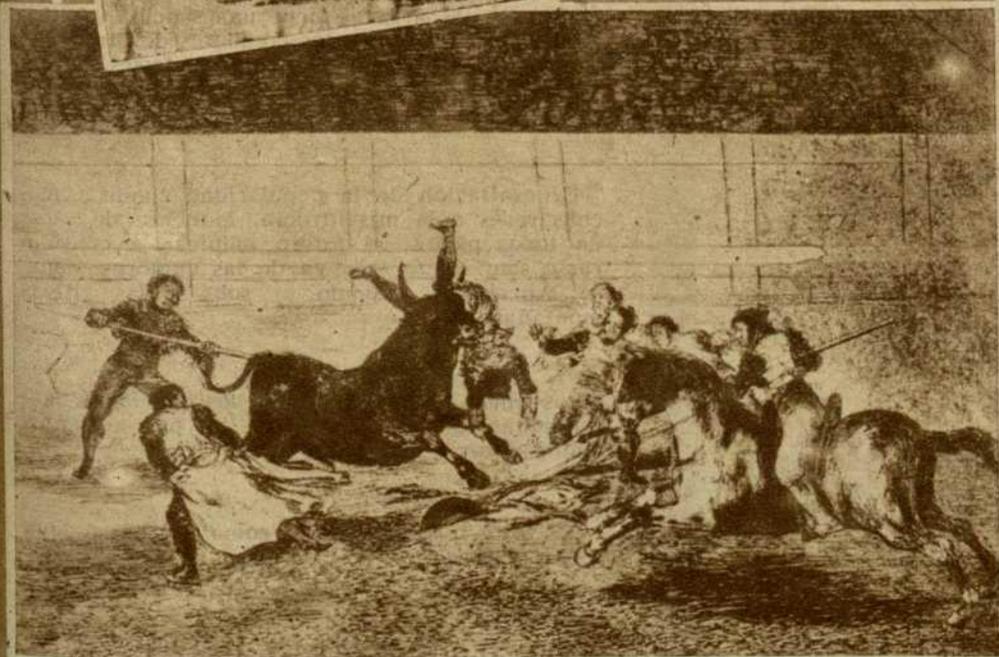


¡Son los futuros éxitos de 20th Century Fox!

La primera corrida de toros que tuvo categoría de FIESTA NACIONAL



Alfonso VII



SEGURAMENTE, la primera faena que un hombre hizo a un toro debió surgir de la necesidad de defenderse de él. El toro era una fiera más y el hombre de aquellas remotas edades se veía, sin duda obligado a oponer astucia, habilidad y engaño a la potencia y fiereza de la bestia. Probablemente, vino después la conveniencia de cazarlo para aprovechar sus carnes, cuernos y piel, para utilizarlo como víctima de sacrificio en los ritos selváticos y extraños, de las primitivas creencias, o para emplear su sangre en cultos supersticiosos, como la taurobolia, cuya liturgia practicaba la purificación por la sangre del toro.

El conjunto de las habilidades y pericias ejecutadas en aquellos tiempos para la caza del toro, forma la primera piedra de la sabiduría del toreo. La gracia de las ejecutarias, la primera piedra del arte del toreo. Sabiduría y arte, que son las dos columnas que sostienen el arco de belleza insuperable de su arquitectura estética. Pero como la caza del toro debió ser muy peligrosa, era necesario para dedicarse a ella el valor llevado a extremos de admiración y de asombro. Por eso el valor es basamento fundamental en el monumento del toreo, y sin el cual son imposibles ciencia y arte. De ahí que la contemplación de su riesgo tremendo es la única sávia capaz de hacer florecer en quienes lo presencian las rosas de su emoción incomparable.

No hay duda que del culto ibérico al toro, por remotas devociones de tipo religioso, en el que las gentes se van habituando a contemplar la lucha del hombre con la fiera, surge la afición de gozar viendo cómo aquél la engaña y vence. Y si a esto añadimos que al llegar a la Península las prácticas circenses de arrojar los condenados a las fieras, era aquí el toro una de ellas, y el hombre, para salvar la vida, tenía que dominarla y matarla, se explica perfectamente que en nuestro espíritu se fuera troquelando, cada vez con relieves más recios, la afición a presenciar estos alardes de habilidad, valor y gracia.

De ahí que, al pasar de los años, las gentes introdujeran en sus costumbres como una fiesta más la celebración de aquello que tanto les gustaba, o sea, el correr un toro bravo para disfrutar viendo cómo el hombre le sorteaba, dominaba y mataba. Pero no como espectáculo, sino como elemento de regocijo y diversión, en las bodas, bautizos, victorias militares, festividades religiosas, etc., etc.

Ahora bien, ¿cuándo este festejo, de tan limpio linaje hispánico, conquista jerarquía y acento de espectáculo y Fiesta Nacional? Quien más sabe de esto es mi querido y admirado amigo el gran escritor don José María de Cossío. Por él sé que las menciones más antiguas se encuentran en la primera Crónica General de Alfonso X el Sabio —1256— cuando se prosificaron sus viejos cantares de gesta. Pero el otro día, buscando yo no sé qué dato en un artículo mío, publicado en «La Nación» hace muchos años, me encontré con este párrafo: «Desde los tiempos remotos y heroicos de Alfonso VII, tiene la Fiesta de toros jerarquía nacional por arte y gracia del festejo de esta índole que se celebró en Varea (Logroño) en el año 1135, autorizado y presidido por el rey. Consta que el monarca mostró gran placer al contemplarlo y que al sellar con el honor de su presencia su ejecutoria vieja le dio valor de oficialidad.»

Yo no sé de dónde saqué este dato entonces. No me acuerdo. Pero como de algún sitio lo tuve que sacar, lo hago público y lo brindo a la curiosidad de los aficionados y eruditos de estas cosas por lo que pueda valer. Y es que soy un devoto tan fanático de la Fiesta y de cuanto con ella se relaciona, que creo un deber aportar a su historia lo poquito que sé.

F. BONMATI DE CODECIDO

SESGOS



Al ilustre doctor don Julio Ariño.

1
Nada tan melancólico como ese cuarto de un hotel cuando el torero se ha marchado a la Plaza. Delante de las estampas religiosas tiembla una lamparilla. La cama, deshecha; ropas y objetos por todos lados. Y silencio. Durante dos horas el cuarto es como una cripta. Lagrimea la "mariposa" encendida. Las cosas inanimadas parecen dialogar en silencio. "¿Cómo será el regreso del torero? ¿Vencido, triunfador?" En el aire flota la incertidumbre y la esperanza.

2
"La personalidad —son palabras de un ilustre crítico francés—, voilà ce qui nous sauvera." La personalidad, he ahí lo que nos salvará. ¿Cómo no aplicar este axioma al torero? Un torero sin personalidad puede ser el mejor de los artesanos; pero ni siquiera el último de los artistas.

3
He aquí los cuatro horizontes del torero: el hotel, la plaza, el tren (o el avión, el automóvil y el barco) y el quirófano. Pasa como un meteoro por las más bellas ciudades y los mejores paisajes. Pero no puede atarse a las cosas. Un día, en la Alhambra granadina; otro, la Catedral de Burgos. Pero su destino es marchar, marchar como un muñeco vestido de oro para el recreo de muchedumbres.

4
El drama del artista en los ruedos: cuando es, no puede disfrutar de la vida; cuando puede disfrutar de la vida, ya no es.

5
Hay toros tan nobles, tan boyantes, tan claros en su embestida, que si hablaran podrían alguna vez decirle al torero:
—¿Qué buena faena te he hecho!

6
El puro en la corrida supone cierto sibirismo en el espectador; es algo así como un recreamiento de su propia seguridad frente al peligro de otros. En el fondo, aconchado egoísmo.

7
La primera corrida de toros de la temporada es la primera página de un libro español que se ha hecho universal. Un libro de sol y de sangre, de gloria y de belleza, del que nadie sabe el epílogo.

8
Para ser crítico de toros no es suficiente ser crítico de toros.

9
Misterios de la sensibilidad. Hay espíritus ex-

quisitamente sensibles que adoran la emocionante fiesta de sangre y de sol; y existen personas de gran dureza de sentimiento que rehuyen la emoción de la corrida de toros. Relativismos de la sensibilidad.

10
El criador de reses bravas es como un artista que lleva su propia obra al sacrificio.

11
Una mala tarde es: para el torero, una amargura; para los amigos, una incomodidad; para los envidiosos, un deleite.

12
El torero debe emocionar. "Una obra de arte —ha dicho bien Jean d'Udina— es el signo de la emoción de un artista, signo que a su vez es susceptible de conmover a otros seres humanos."

13
Cierta vez, camino de la Plaza, cuentan que un mocito sevillano, torerillo en ciernes, se acercó al coche de caballos en que iba Juan Belmonte y, tocándole en el brazo, hizo resbalar un poco el capotillo de paseo:

—Juan, ayúdeme usted...
Belmonte se colocó bien la capichuela y miró —ya triunfador y famoso— con cierta envidiosa ternura al adolescente.
—Lucha, hombre —replicó—; la lucha... es vida.

Rápida y sustanciosa lección de filosofía.

14
La frecuente amistad de los toreros con los escritores y los artistas tiene una sencilla explicación: saben que ellos, los creadores de otro arte, son los únicos que pueden comprenderles de manera casi completa, en la Plaza y fuera de los ruedos.

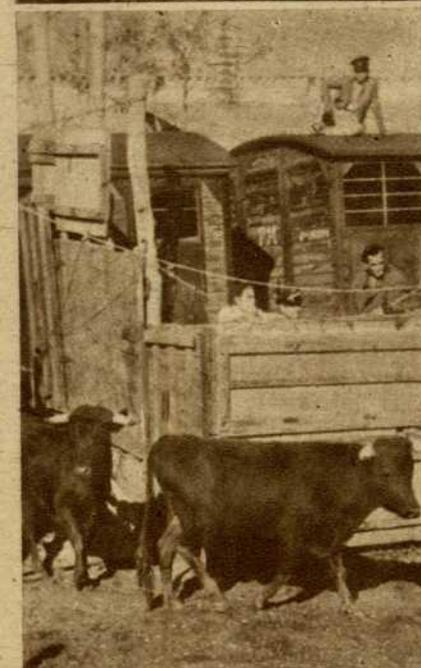
15
La exaltación de la popularidad conduce muchas veces a la misantropía. A fuerza de verse en todas partes, el torero empieza a considerarse solo. Es la tristeza de las cumbres, como se experimenta cuando se sube a las altivas montañas.

16
Los niños —sobre todo aquellos que jamás fueron a una corrida— suelen ser los más ardientes admiradores del torero.

17
Los toros bajo la lluvia es como si echasen agua sobre el fuego.

18
Creemos, como Wilde, que el crítico debe ser artista. De manera que equivalga su tarea a una re-creación.

JULIO ESTEFANIA





Mucho frío durante la novillada celebrada en San Martín de Valdeiglesias. Hubo quien asistió al festejo con abrigo

LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN SAN MARTIN DE VALDEIGLESIAS

Reses de Varela para «Morenito de Talavera Chico», Miguel Ortas y Dámaso Gómez

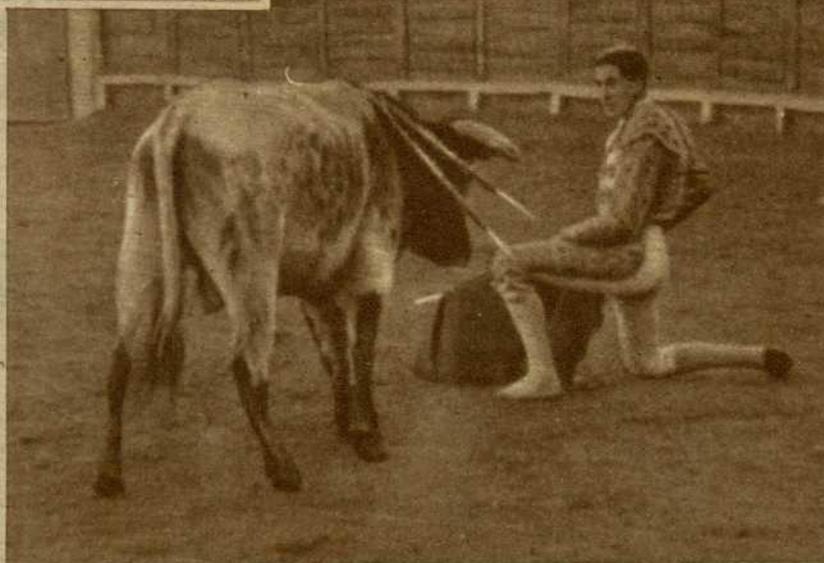
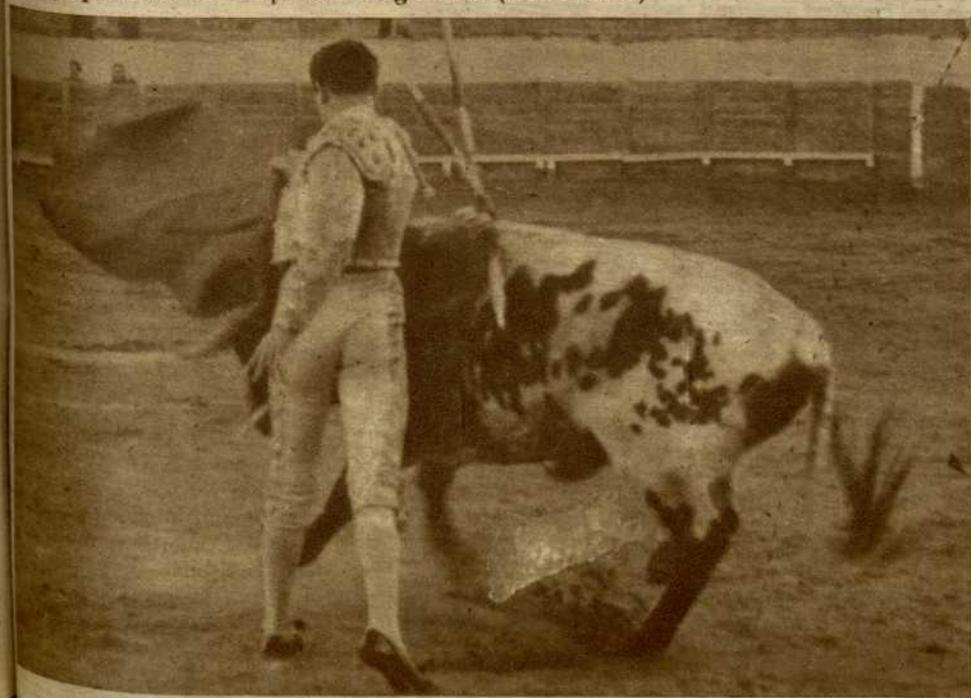


No faltaron en San Martín los extranjeros, que asistieron al festejo provistos de máquinas fotográficas (Fotos Cano)



Va a empezar la novillada. Juan Manuel García se arropa con el capote de paseo

También estas señoritas sintieron el frío y se abrigaron con un capote



Miguel Ortas tuvo una gran actuación y cortó orejas, rabo y pata

Un adorno de Dámaso Gómez durante su faena al novillo del que cortó las dos orejas



«Morenito de Talavera Chico» matando con mucho valor a su primero

La tercera corrida de abn

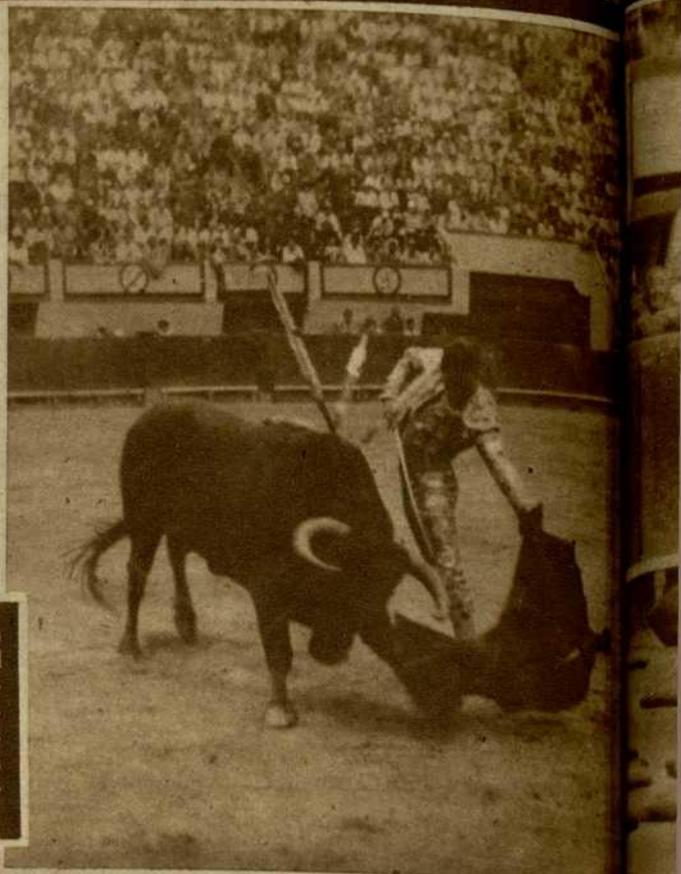


El cartel lo componían Pepín Martín Vázquez, Julio Aparicio y "Litri", con seis toros de La Viña

La mansedumbre del ganado y la pequeñez y escasa presencia del sexto provocaron una de las broncas más apasionadas que se han registrado en Lima

Pepín Martín Vázquez no pudo lucirse a causa de la mansedumbre del ganado de La Viña. Puso toda su voluntad, sin resultado

Uno de los intentos de torear al natural de Pepín Martín Vázquez. Esfuerzo baldío, aunque el público supo estimar las dificultades que hubo de vencer



Comentarios de la Prensa de Lima

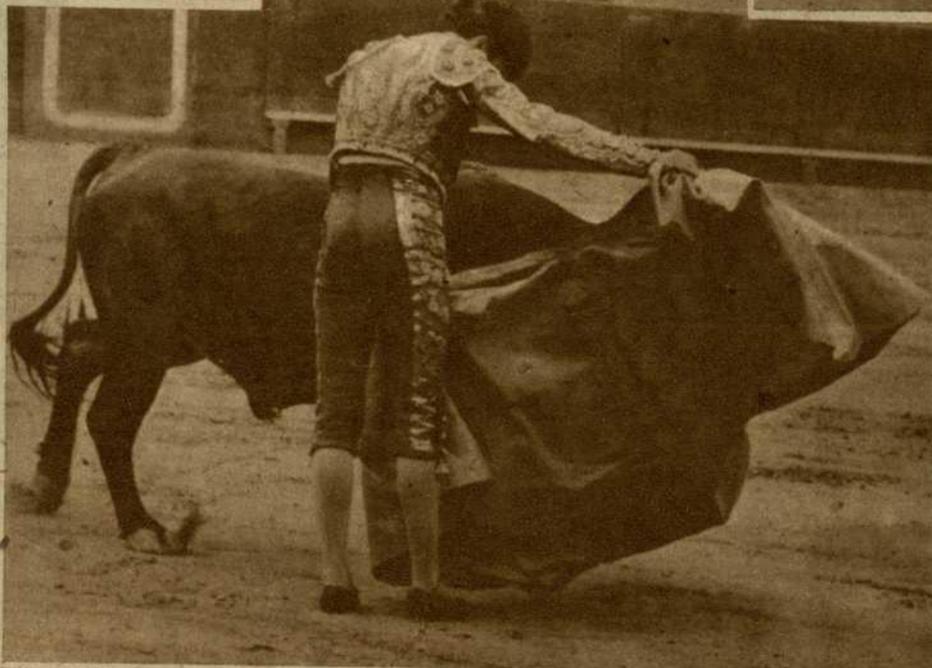
Don Fulano, cronista de «La Crónica», hace el siguiente resumen:

«Pese a todos los vaticinios, la corrida de ayer, hasta que fué arrastrado el quinto toro de la tarde, transcurría en forma relativamente tranquila. Quiero decir que la corrida no presentaba mayores anomalías, y que el público, unas veces justo y otras injusto —el caso de Pepín en su primer toro—, se divertía. Los toros, más mansos o menos mansos que en otras oportunidades, no despertaban mayores protestas. Se había visto ya una buena faena de Pepín, dos extraordinarias de Aparicio y una memorable de «Litri». Se había visto al torero de La Resolana, núm. 11, lucir decoro y voluntad con un manso ilidiable. Y al de Madrid, clase. Y al de Huelva, calidad.

Pero... ¡pero salió el sexto toro! Y lo que comenzó como una protesta fácil de acallar accediendo al pedido del público, terminó en una bronca de las grandes. Faltó —reitero— acierto en el palco oficial. Hubo exceso de «autoridad». Y se olvidó por quien sabe quien que la autoridad empecinada en el error, ya no es respetable.

Me afirman que en los corrales hay toros de presencia, peso y trapío. Si esto es cierto, ¿por qué empeñarse en lidiar al sexto de la tarde, un torete destartado, feo y sin peso? No lo entiendo. ¿Por qué no se lidió el segundo sobrero? No lo sé. Lo que creo innegable es que mantener en el ruedo al sexto toro contra la voluntad del público, fué un error grueso.

Pepín demostró ayer su arte y su torerismo. Y, también, su valor. Me gustó en su primero. Y en su segundo, que fué un manso ilidiable, al que le hizo más de lo que me recía.



Una verónica de Julio Aparicio



Aparicio toreado al natural con la izquierda

Aparicio estuvo en plan de maestro. No importa cuántos pases dió, de qué marca fueron ni si los lanceos con capote fueron verónicas, chicuelinas lo que sea. Eso tiene poca monta, así teniéndola y grande. Lo importante es la labor de ayer de Julio Aparicio es que señaló su maestría. El tono magistral. Ayer, una vez más, el triunfador de la temporada demostró al público de Lima que tiene una cantidad de torero que es difícil igualar. Es decir, que está sobrado...

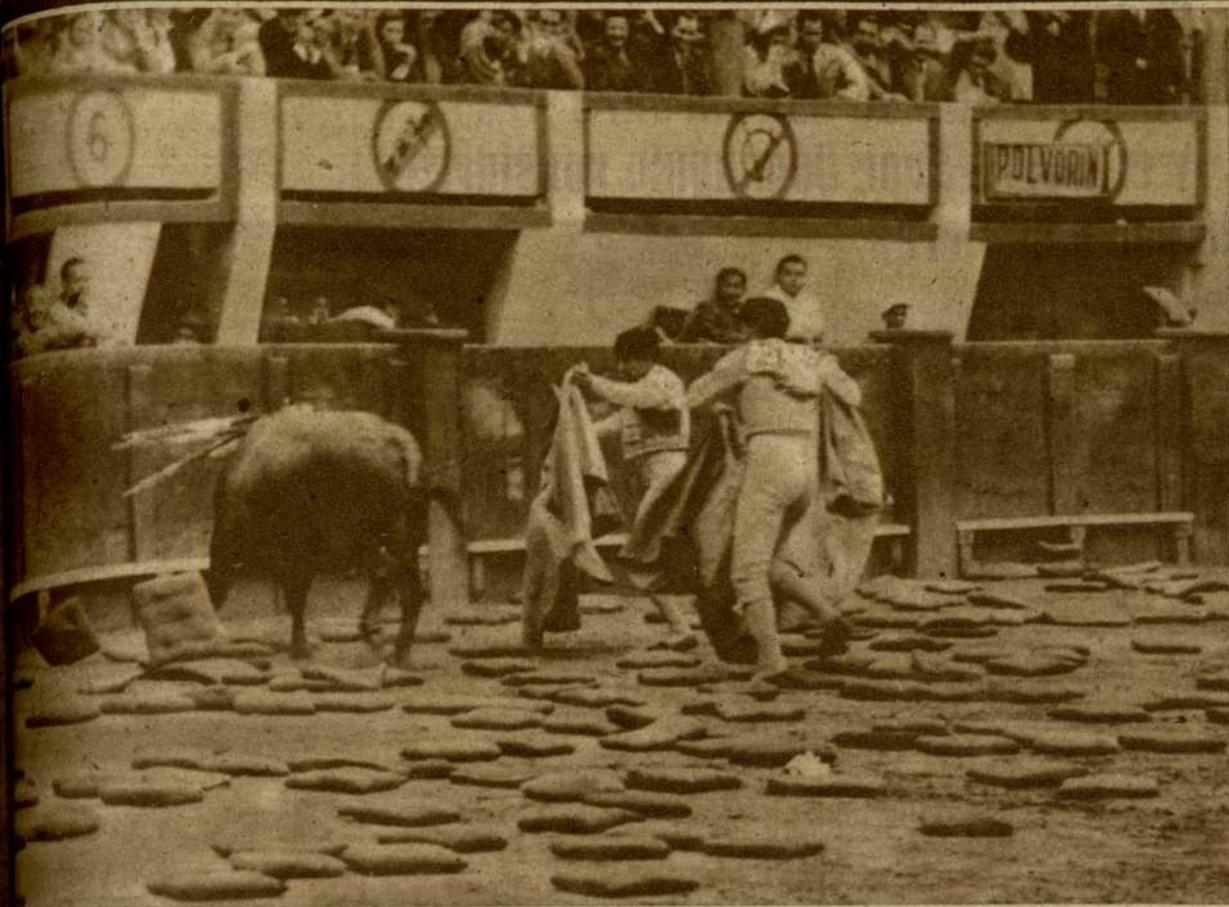
«Litri» vino a lo suyo. Y lo consiguió. Su faena de ayer al tercero de la tarde es memorable. Y, por eso, el público se entusiasmó como pocas veces. Y que torear al natural como lo hace «Litri» —que a estas horas resulta torero corto, según he leído esta mañana— es saber torear muy bien y con estilo clásico. Claro, muchos juicios sobre «Litri» estarán, a estas horas, siendo objeto de una severa revisión. Y es que la ligereza es pecado que se paga...

Según el cronista «D. N.» de «El Comercio», los matadores, después de la corrida, dijeron lo siguiente:

«PEPÍN.—En el cuarto hay varios amigos, simples aficionados los unos, los otros además son ganaderos. Fernando Graña, Humberto Fernández Horacio Parodi y Julio Tapia, que con Manolo, hermano mayor de Pepín, ex matador de toros, hacen animada charla. Pepín los observa sin intervenir, atento como está a lo que responde por teléfono el «Chino» Enrique. Termina de ajustarse el nudo de la corbata y mientras el popular «Sordo» limpia el calzado que debe ponerse, nos dice:

—El ganado ha estado algo difícil hoy hubo de todo. Mi primero sacó ganio, además se quedaba en la mitad de las suertes, ha sido francamente malo. El segundo era un «tío viejo», que hace tiempo había estado en los corrales tenía mucho «sentío». Me hubiera gustado torear a un toro a gusto para dejar satisfecha a la afición limeña, pero no ha habido suerte, parece que Dios lo ha querido así. El público de acá algo maravilloso, como no he visto otro ni siquiera en mi Patria. Es apasionado y justiciero, rápidamente se da cuenta

mo de la feria de LIMA



ta de lo que pasa en el ruedo entre toro y torero, en fin, tiene todo lo que debe tener un público de toros.

APARICIO.—Junto con «Litri», y frente al espejo, termina de vestirse. «Camará» conversa con un señor, es don Cristóbal Torres Andrade, empresario de Quito, que está desde el comienzo de la temporada en Lima; parece que algo arregla sobre unas corridas en la República del Norte. Chimo observa a los dos jóvenes matadores; Aparicio siempre está de buen humor, por lo que no es difícil interrogarlo. He aquí lo que nos dijo:

—Muy malo y, sobre todo, manso ha salido el ganado. Como para desesperar a cualquiera. Calcule usted, sale uno con ganas de torear y de que le toquen las palmas, como he salido todas las tardes, y dale, que no hay modo de que un toro embista como debe embistir para poder torearlo a gusto. Esto es verdaderamente una lástima, porque el público es muy bueno y merece que se le complazca.

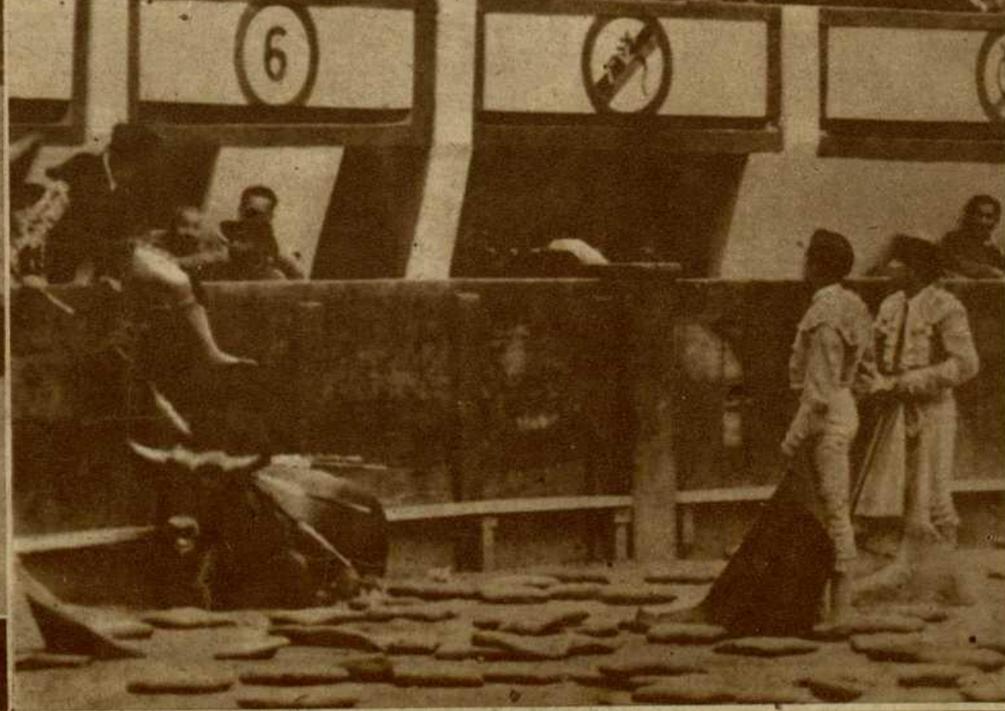
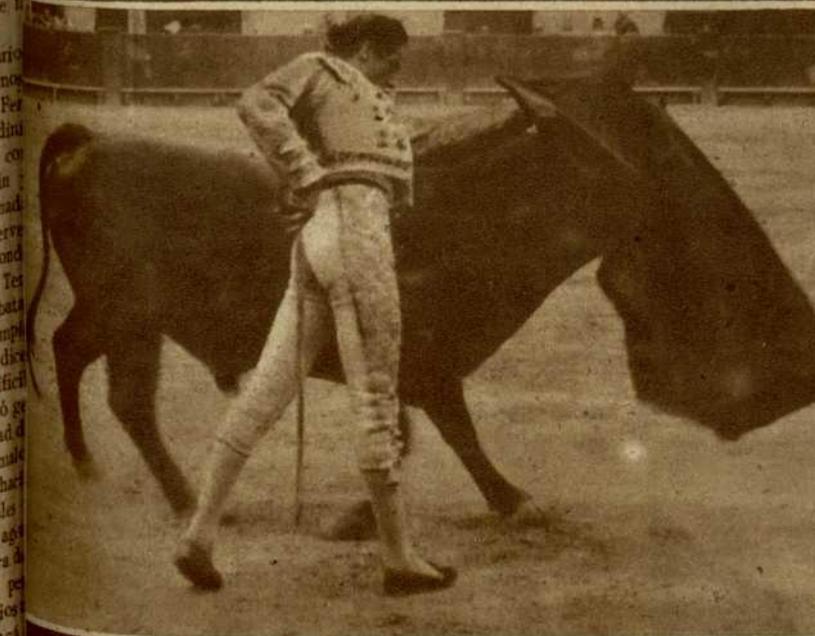
«LITRI».—Parece que estuviera de peor humor que otras veces. Ha concluido de vestirse y, como es natural, ha escuchado lo que me ha dicho Aparicio. No hace sino corroborar lo que ha manifestado su compañero:

—Estoy tan «disgustao» que no quisiera ni «hablá», —nos dice—. No sé qué será, pero estoy de mala racha; torear en Lima seis toros y que ninguno salga bueno de «verdá». Hoy mi lote ha sido malo, qué digo, infame. O han «exagerao» lo que me dijeron de los toros de La Viña, o no sé qué es lo que pasa ahí. Se han toreado ya cuatro corridas y sólo han salido cuatro toros aceptables. Con esa ganadería tienen ustedes para un rato largo de aburrimiento. Quien sale perjudicado es el público, porque los toreros no pueden lucirse; esta tarde estuvo protestando al toro. ¿Verdad que no ha de ser agradable estarse ahí sentado bostezando de aburrimiento?»

Bronca imponente en el último toro a causa de la escasa presencia y de la mansedumbre del mismo



«Litri» en su primero, en el que se lució mucho



Un pase de pecho de «Litri»

Dobla el toro y acaba la bronca (Fotos Campbell)

UNO DE FIERAS

El domador Stimson no se cree capaz de enfrentarse con un toro bravo, y el torero Pepe Dominguín considera casi milagrosa la doma de fieras

TENEMOS, frente a frente a dos hombres que se juegan la vida en lucha con peligrosos animales: el domador francés Stimson y el torero Pepe Dominguín. La suerte nos los ha brindado juntos en uno de esos festivales taurinos con que en invierno los toreros aplacan su nostalgia de ruedos dorados por el sol, y hemos podido confrontar sus opiniones. Stimson está admirado y entusiasmado de lo que ve. El vino español y la presencia de bellas muchachas, que también hacen alardes taurinos, aumentan el calor de su entusiasmo. Su animación predispone a la pregunta. La formulamos y, tras ella, todas las demás...

—¿No ha visto usted nunca corridas, Stimson?

—En España no, que es donde hoy compruebo que hay que verlas. He llegado por lo visto un poco tarde, cuando la temporada ha dado fin.

—¿Qué le parecen los toros?

—Unos animales respetabilísimos.

—¿Y los toreros?

—Muchachos inteligentes y muy valerosos.

—¿Y usted, acostumbrado a enfrentarse con fieras salvajes, considera terribles los toros y admirable el valor de los toreros?

—Naturalmente. Domar una fiera y torear un toro son dos cosas tan distintas que no cabe comparación entre ellas. Por tanto, tampoco se puede comparar el valor de un torero con el de un domador. Yo, que estoy acostumbrado a enfrentarme con leones recién traídos de la selva, no me atrevería, en cambio, a torear un toro.

—¿Considera usted más peligroso un toro que un león?

—No. Pero cada vez que el torero sale al ruedo se encuentra con un toro distinto, mientras el domador, una vez ha conseguido doblegarlas, ya conoce a sus fieras.

Sin dar tiempo a más explicaciones, vamos en busca del torero. Hay que enfrentar opiniones. Encontramos a Pepe Dominguín firmando un autógrafo en el álbum de una distinguida señora norteamericana que, según dice, quiere ser torera, y le llevamos junto a Stimson.

—Pepe, ¿sería usted capaz de meterse en la

jaula con los leones y los osos del señor Stimson?

—¡Dios me libre de semejante cosa!

—Pues ya ve usted, en cambio él preferiría encontrarse rodeado por todos los animales de la selva antes que torear.

—Es que el enemigo conocido no nos da miedo —afirma Pepe Dominguín—; al que tememos es al desconocido.

—¿Quiere usted decirme qué condiciones son imprescindibles para dominar al toro?

—Muchas. Pero, sobre todo, arte, valor, y también inteligencia.

—Y usted, Stimson, ¿quiere decirme las que se requieren para dominar leones, osos y tigres?

—Valor, fuerza y destreza.

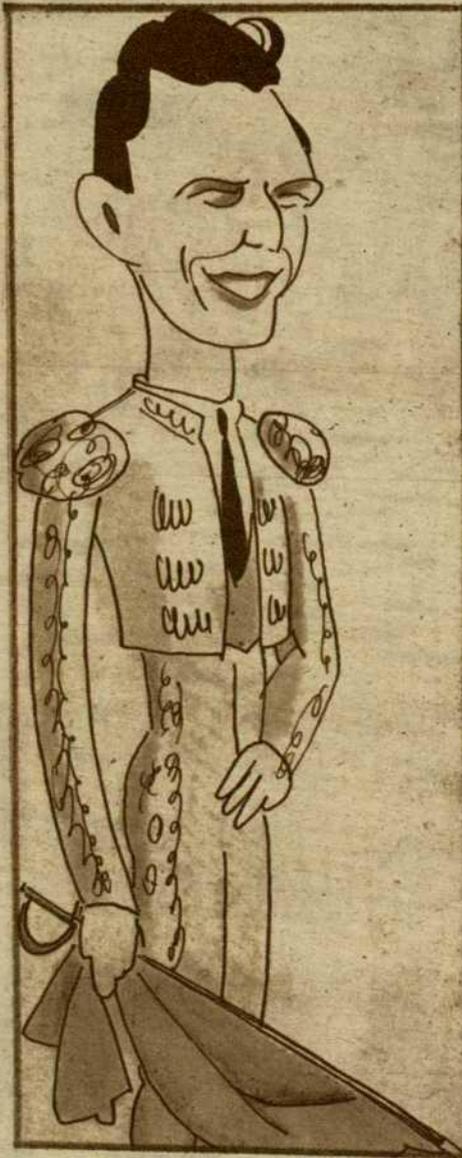
—Al toro se le engaña siempre —continúa Dominguín—. El cuerpo del torero, el capote brillante, la roja muleta, son los cebos que le hacen dar los pasos exactos que el hombre quiere.

—¿Y cómo se domina a las fieras?

—A palos—replica Stimson.

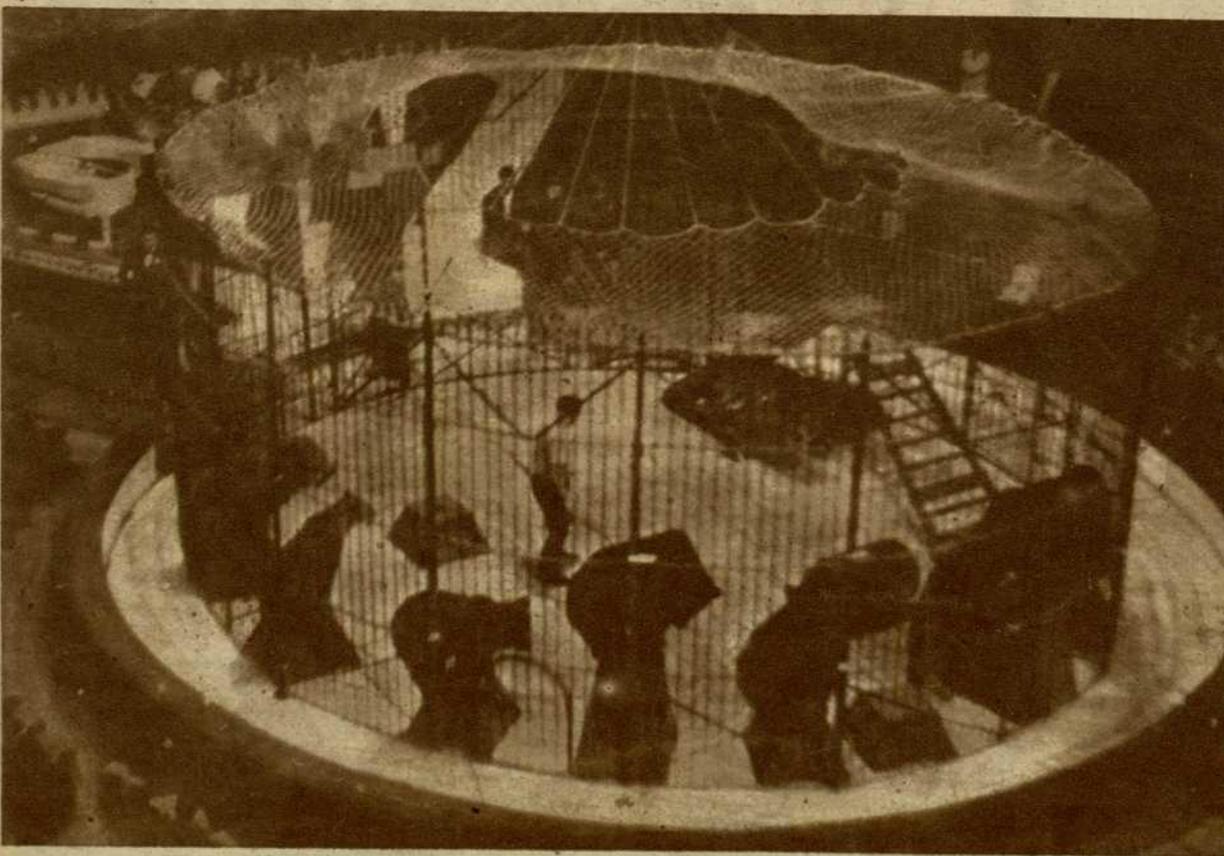
—¿No caben engaños, como con los toros?

—No. A un león hay que demostrarle que si él es el rey de la selva, el de la Creación es el hombre. En cuanto a un animal salvaje se le demuestra fortaleza se acobarda.



El domador Stimson, visto por Savoi

Así ve Savoi a Pepe Dominguín



Stimson en plena actuación

(Foto Zarco)

—¿Y se atreve usted a meterse en una jaula con un animal recién sacadito de sus elementos?

—Hay que imponerse desde el primer día, si no, estaría uno perdido.

—¿Con el látigo?

—No. El látigo sirve luego. Con una barra de acero. Cuando el nuevo animal llega, lo primero que hago es encerrarme con él y propinarle una buena paliza con la barra de acero.

—¿Qué argumentos!—comenta Pepe Dominguín.

—Después —continúa Stimson— lo dejo descansar durante unos días, hasta que se repone de la paliza, y entonces vuelvo a la jaula. Si le veo con malas intenciones, le doy otra paliza, y a la tercera vez, al verme entrar, huye: le he demostrado que soy más fuerte que él.

—Eso es lo que no podría hacerse nunca con el toro. Si el toro huye, es un mal toro —dice Pepe—. A quien únicamente hay que demostrar en la Plaza ya superioridad del torero sobre el toro es al público. Pero tampoco una superioridad física. Se trata de engañar al bicho y llevarlo a la muerte casi con la misma suavidad con que se lleva a una novia al altar; de convertir su fiereza y su poder en juguete del torero.

—En cambio, con mis fieras no caben engaños —dice Stimson—. Claro que tampoco se trata de llevarlas a la muerte, sino de exhibirlas, dominadas, al público.

—¿Qué fieras son las más peligrosas?

—Los osos siberianos y los polares. Pero son peores que los blancos los siberianos, porque devoran hombres. Ya sabe usted que el otro día, por descuido de un operario, uno de los osos canadienses fué encerrado en la jaula de los siberianos, y que éstos lo destrozaron, a pesar de los esfuerzos que hice, metido en su propia jaula, por separarlos. Uno de mis siberianos, el mayor de todos, ha matado ya tres leones y tres osos.

—¿Pero vencen los osos a los leones?

—Los leones temen a los osos. Los leones no

entran en la jaula cuando están los osos dentro, y en cambio, los osos lo hacen con toda tranquilidad cuando ya están allí los leones. Una vez dentro de la jaula con mis leones y mis tres razas de osos, enemigos entre sí, mi mayor tarea consiste en evitar que se acometan y destrocen.

—¿Qué ocurriría si se enfrentasen un toro y uno de esos terribles osos ibéricos?

—La lucha sería sangrienta. No sé cuál de los dos quedaría peor parado.

—¿Quién expone más la vida, ¿el torero o el domador?—preguntamos, con idea de que la pregunta sea contestada a la limón, por torero y domador.

—El torero tiene más defensa —responde Dominguin con galantería—. El domador está, solo con sus fieras, encerrado en una jaula, sin más arma que un látigo.

Y Stimson dice:

—El riesgo del torero es mayor, porque cuando el domador sale a la pista ya tiene sus fieras dominadas, y cuando el torero sale al ruedo se enfrenta con la incógnita de un enemigo desconocido.

—Pero ustedes también sufren lo que en términos taurinos se llaman cogidas, ¿no?

—Cierto, y yo cuento ya con cuatro respetables cicatrices, recuerdos de otras tantas llamémosles cogidas.

—¿Cuál ha sido su accidente más grave?

—El más peligroso fué el que tuve una vez actuando en la pista; los leones se me insubordinaron en plena representación, me derribaron y me arrastraron con sus garras. Tuve que estar bastante tiempo hospitalizado.

—¿Renueva sus fieras con frecuencia?

—Sí, aunque no con tanta como los toreros. Cuando mis bichos están demasiado domados, los vendo y compro otros a cazadores que me los ofrecen o que yo mismo contrato para que me los proporcionen.

—¿A cuánto asciende, aproximadamente, su capital en fieras?

—A un millón de pesetas.



Stimson haciendo trabajar a uno de sus leones (Foto Zarco)

—¿Y cuánto le cuestan a usted sus toros?—pregunta a Pepe Dominguin, que le aclara.

—Nuestro sistema es distinto. Cuando un torero... Pero antes de que surja la explicación intervenimos.

—¿Qué es lo que más admira usted de la Fiesta de toros, Stimson?

—La habilidad con que el torero domina a una fiera tan peligrosa como el toro.

—Y usted, Pepe, ¿qué es lo que encuentra más admirable en un domador?

—El que consiga no llegar a ser comido por sus fieras. De nuevo nos dirigimos al domador:

—¿Qué hacía usted antes?

—Era boxeador militar.

—¿Le gustaría ser torero?

—No tendría valor.

Ante esta respuesta sólo nos queda abandonar el terreno resbaladizo de esta interviú, donde empieza a campear la paradoja, aunque el resultado no sea otro que el de probarnos, una vez más, que el valor del torero ante el toro es un valor especial, una derivación del valor puramente ibérico, que se desliga por completo del concepto básico y fundamental.

PILAR YVARS

TOROS

Los más grandes ases del toro plasmados por el lápiz mágico de Aguilar-Ortiz en siete magníficos apuntes al natural iluminados a mano:

- Lámina 1.ª "La media verónica de Manolete".
- Lámina 2.ª "El "regateo" de Ortega".
- Lámina 3.ª "Arruza y su farol de rodillas".
- Lámina 4.ª "Alvaro Domecq corriendo el toro".
- Lámina 5.ª "El afarolado de Juanito Belmonte".
- Lámina 6.ª "Pepe Bienvenida adornándose en banderillas".
- Lámina 7.ª "El natural de Manolete".

Siete SOBERBIOS CUADROS para decorar su hogar

Solicítelos contra reembolso de 40 pesetas a VERGARA

Junqueras, 16, 9.º D.—BARCELONA

FIESTA TAURINA EN EL CUARTEL DEL CONDE DUQUE

Se celebró con motivo de la entrega de la nueva bandera a los Cazadores de Montesa



Las cuadrillas, con picadores y dos jinetes militares de gala, antes de los sustos y los revolcones



He aquí la presidencia del festejo, una presidencia propicia a la concesión de trofeos taurinos



No había palcos en la improvisada Plaza, y esta señorita ha de asomarse a una ventana para oír el brindis



He aquí a un torero, apellidado La Serna, en una manolete tremebunda. El público, como se ve, no se intranquiliza (Fotos Cano)





HASTE LA ME



Un derechazo de Humberto Moro al primero
(Fotos Cifra, exclusivas para EL RUEDO)



«El Piti» se estrecha en un muletazo con la derecha



Después de picar muy bien, «Güevo Guadalupe» quita la divisa

* La novillada del día 12 en la Plaza de El Toreo *

Reses de Corlomé para Humberto Moro y Jorge Reina, "El Piti"

VALDESPINO
JEREZ y COÑAC



Un ajustado pase de pecho de Humberto Moro



Terminada la novillada, Humberto Moro fue sacado a hombros

HOMENAJE A MANOLO GONZALEZ

Varios prestigiosos aficionados sevillanos, escritores, ganaderos y aristócratas andaluces proyectan un homenaje, que se celebrará en fecha próxima en Sevilla, a Manolo González, para festejar los éxitos artísticos del espada sevillano durante la temporada de 1950.

LOS TRES MATADORES CORTARON OREJAS EN SAN MARTIN

El pasado domingo, día 19, se celebró una novillada en San Martín de Valdeiglesias. Reses de Varela. «Morenito de Talavera Chico», ovación y dos orejas. Miguel Ortas, vuelta al ruedo y dos orejas, rabo, pata y salida a hombros. Dámaso Gómez, dos orejas y ovación.

NOVILLADA EN ALGES

El pasado domingo se celebró en Algés una novillada. Paco Mascarenhas, aplausos. El novillero portugués Bautista Segarra, valiente. Luis Aparicio, vuelta al ruedo. El debutante Luis Neta, mal.

LA ÚLTIMA CORRIDA DE LA FERIA DE LIMA

El pasado domingo se celebró en Lima la última corrida de Feria. Reses de La Viña. Luis Procuna, bronca y vuelta al ruedo. «Rovira», ovación y vuelta al ruedo. Ricardo Balderas, vuelta al ruedo y palmas.

TRIUNFO DE JORGE AGUILAR

En la Monumental de Méjico se celebró una novillada con reses de La Laguna, para Jorge Aguilar y Eduardo Vargas. Aguilar, palmas, dos orejas, rabo y tres vueltas al ruedo y dos orejas, rabo y tres vueltas al ruedo, la última con el empresario y el ganadero. Eduardo Vargas, ovación, ovación y vuelta al ruedo.

CORRIDA DE TOROS EN SAN LUIS DE POTOSI

El pasado domingo se celebró en San Luis de Potosí una corrida de toros. Fermín Rivera, voluntarioso y dos orejas y rabo. Rafael Rodríguez, regular y dos orejas y rabo. Jesús Córdoba, cumplió y fué cogido por el sexto, que le infirió una cornada en el recto; siguió la faena y cortó las dos orejas, rabo y pata.



Por los ruedos del MUNDO

Se proyecta un homenaje a Manolo González.-Muchas orejas en la novillada de San Martín de Valdeiglesias.-Se celebró la última corrida de la Feria de Lima.-Cogida de Jesús Córdoba en San Luis de Potosí.-En honor de «Manolo Castañeta».

NOVILLADA EN AGUASCALIENTES

En Aguascalientes se celebró el pasado domingo una novillada con reses de Peñuelas. Eduardo Moreno, valiente y cumplió. José Muñoz, habilidoso en sus dos enemigos.

DESPEDIDA DE DOS SANTOS EN LORENZO MARQUES

En Lorenzo Marques (Africa Oriental Portuguesa) se despidió el pasado domingo el matador portugués Manuel dos Santos. Dió varias vueltas al ruedo y fué ovacionado.

EN HONOR DE «MANOLO CASTAÑETA»

El pasado domingo se celebró un banquete en honor del popular escritor taurino Manuel Alvarez Díaz, «Manolo Castañeta», que ha popularizado su firma en las páginas del diario «Madrid».

Con el homenajeado ocuparon la presidencia el director de «Madrid», don Juan Pujol, y su distinguida esposa; el presidente de la Diputación Provincial, marqués de la Valdavia; el vicepresidente y visitador del Hospital, marqués de Vivel; el secretario de la Asociación de la Prensa, don Francisco Casares; Serrano Anguita, «K-Hito»,

Emilio García Rojo, Pedro Chicote, el señor Stuyk y otras personalidades.

El acto, cordialísimo, al que asistieron más de cien comensales, puso de manifiesto las muchas simpatías con que cuenta el brillante periodista. A los postres hicieron uso de la palabra el matador de toros «Parrilla» y los señores Casares, García Rojo, marqués de Vivel y Serrano Anguita. Manuel Alvarez Díaz agradeció el homenaje con sentidas palabras.

MARCHO A MEJICO CARLOS ARRUZA

En avión, acompañado de su esposa, marchó a Méjico el diestro Carlos Arruza. Los viajeros fueron despedidos por su madre, un sobrinito, Curro Caro y buen número de amigos del gran torero mejicano.

HOMENAJE A JOSELITO ALVAREZ

Los amigos y admiradores madrileños del novillero Joselito Alvarez le dedican un almuerzo-homenaje para celebrar sus triunfos en la última temporada. Dicho acto tendrá lugar en el restaurante Biarritz el próximo día 26. Las tarjetas pueden recogerse en «La Pañoleta» (Jardines, 26).

PROXIMO FESTIVAL TAURINO EN ALBACETE

Organizado por el matador de toros Pablo González. «Parrao», se celebrará el próximo día 26, en Albacete, un festival a beneficio de las obras del futuro Seminario de la Diócesis de Albacete, de reciente creación. Lidiarán cinco novillos de Eugenio Ortega los matadores de toros Jaime Marco, «El Choni»; Rafael Llorente; Manuel Calero, «Cale».



Miembros de la «Peña Litri», de Madrid, que celebraron con una reunión íntima el aniversario de su fundación (Foto Cano)



Como todos los años, la «Peña Taurina de Tetuán de las Victorias» ha invitado a sus asociados a una fiesta campera. La fiesta resultó, como siempre, muy agradable (Foto Baldomero)

rito; Pablo Lalanda o Rafael, «Albaicín», y el de novillos Dámaso Gómez.

LA «ESCUELA TAURINA LOGROÑESA»

En Logroño se ha fundado la «Escuela Taurina Logroñesa», que cuenta con treinta alumnos y el apoyo de distinguidos aficionados riojanos.

FESTIVAL DEL «CLUB ENRIQUE VERA»

El pasado día 11, a beneficio del Asilo de San Juan de Dios y como homenaje al titular del Club, se celebró en el domicilio social un festival en el que actuaron «El Niño Perniles», José María Gaona, «El Moreno», Paco Bona, «El Poeta Gitano», y la Agrupación Artística «La Antorcha», que fueron muy aplaudidos. Todos los artistas actuaron desinteresadamente.

HOMENAJE AL DOCTOR JUARISTI

Organizado por Rafael Ortega, se celebró el martes una comida íntima en honor del doctor Juaristi, médico de la enfermería de la Plaza de Toros de Pamplona, que curó de la grave herida sufrida en una de las corridas de la Feria de San Fermín al popular diestro de San Fernando.

A la comida asistió la esposa del doctor Juaristi. Ofreció el homenaje Manolo Sánchez del Arco, y hablaron el marqués de la Valdavia, el doctor Jiménez Guinea y el poeta José Cervera, que recitó un bello romance. Finalmente dijeron palabras de gratitud Rafael Ortega y el doctor Juaristi.

EL RETRATO DE JOSE ROMERO

Por error de ajuste, en el número anterior de EL RUEDO apareció como ilustración de un artículo de nuestro colaborador «Recortes», referido a «Cuchares», el retrato pintado por Goya de José Romero — torero del siglo XVIII — y hermano del famoso Pedro Romero.

Aunque, como se trata de una obra muy conocida, era fácil de comprobar el error, queremos aclararlo expresamente.



Por
Líneas Aéreas Británicas
a
America del Sur

desde el 3 de Noviembre de 1950

CON LOS NUEVOS «ARGONAUTAS» SPEEDBIRD

MENOS TIEMPO EN VIAJE. MAS TIEMPO PARA SU ESTANCIA.

Un avión, distinto a todos, creado especialmente para la comodidad del pasajero. Garantiza la seguridad del viaje con sus 4 motores MERLIN y está dotado de los últimos adelantos

en acondicionamiento. Cómodas butacas, salón-bar, y comidas gratis, servidas por dos camareros y una azafata. La temperatura y presión, normales, durante todo el trayecto.

| Desde Madrid, a | Tiempo de vuelo | Servicios por semana | Precio ida Ptas. | Precio ida Libras |
|------------------------|------------------|----------------------|------------------|-------------------|
| Río de Janeiro..... | 23 horas | 2 | 8.385 | 186.7.0 |
| Buenos Aires..... | 1 día y 4 1/2 h. | 2 | 10.005 | 222.9.0 |
| Santiago de Chile..... | 1 día y 8 h. | 1 | 11.955 | 240.0.0 |

También servicios regulares para La Habana, Miami, Islas Caribe

B. O. A. C. ASEGURA SU BIENESTAR

Reserve su Bilete en las principales Agencias de Viajes (sin recargo) o en las oficinas de las Líneas Aéreas Británicas, Avenida de José Antonio, 68, Madrid. Teléfono 2110 60

VUELE™ B.O.A.C.

LÍNEAS AÉREAS BRITÁNICAS

★ EL ARTE Y LOS TOROS ★

EL "ENCIERRO" EN LA PINTURA

ERA lógico que los pintores taurinos, deseosos de encontrar al toro en las diferentes fases o aspectos de su vida, trataran de captar a éste en ese momento casi diario del "encierro", cuando el animal, libre de acosos y alejada todavía de él la posibilidad de la muerte, se halla en una vigilada libertad en los campos, adonde los vaqueros o mayoresales les conducen hábilmente.

Si en realidad la auténtica pintura taurina es aquella que capta el ruedo con los incidentes y pormenores espectaculares de la lidia, no es menos cierto el interés que para el arte puede tener esta otra temática dentro de la misma órbita taurina. Si a estudiar fuéramos, en una rápida o breve visión, la historia de esta rama de la pintura, descubriríamos cómo los artistas de todos los tiempos, principalmente desde finales del pasado siglo a hoy, raro es el que no abordó el asunto del "encierro" como primordial de su pintura. Ahí están para atestiguarlo las obras de Eugenio Lucas, de José Brel, de Marcelino de Unceta, de Juliá, de Francisco Laguna, de Genaro Paláu, Alcaraz, y más modernamente, de Ruano Llopis, Roberto Domingo, Antonio Casero, Andrés Martínez de León y, con ellos, todos los más modernos cultivadores del género, pintores ya clasificados y definidos en cuanto a su temática auténticamente taurina. El valenciano José Brel y el madrileño Luis Juliá puede decirse que, más que pintores taurinos, fueron pintores del toro, al que trasladaron al lienzo en sus diferentes momentos ajenos al festejo nacional de las corridas. Ellos fueron, en parte, los más devotos peneiristas pictóricos del astado, los más enamorados y seducidos de su bella estampa, que plasmaron al través del color, perpetuando aquellos notables ejemplares de antaño que dejaron un recuerdo en las historias del toreo.

Ahora, cuando la temporada finaliza, y ya sólo esporádicos festejos mantienen en algunos puntos de la Península la afición, bueno será, dejando a un lado los ruedos, buscar al toro en las dehesas o en los campos, donde se puede decir que hemos de ir, imaginativamente a buscarle para traer a estas páginas la, en cierto modo, novedad de un aspecto que realmente no nos es a los aficionados desconocido. Claro es que el toro, real o como protagonista pictórico, es distinto visto en los corrales de la Plaza o en el anillo circular, donde ya se muestra con toda su fiereza; pero es precisamente este aspecto tranquilo y mansueto del animal, este momento pa-



«Encierro en Pamplona», acuarela de José Gallardo



«Encierro», lápiz y acuarela original de Juan Lara Izquierdo



«Los toros de la Feria», óleo de Martín Maqueda



«El toro rebelde», óleo, por Andrés Martínez de León

cífico, el que hemos ido buscando para eliminar de él esa postrera acometividad, de la que ha de hacer gala, en honor de su casta, en los últimos momentos, manteniendo la profesionalidad torera, una de las más vistosas, pero difíciles y arriesgadas que se conocen.

Al azar, sin preferencias que establezcan prioridad de méritos, hermanándolos en una misma plana, se muestran hoy a la curiosidad y el interés de los lectores cuatro pintores contemporáneos: Martínez de León, Martín Maqueda, Gallardo y Lara Izquierdo. Cuatro artistas que nos brindan sendas obras, inéditas para la mayoría del público, comprensivas del tema del "encierro" que nos ocupa. Son cuatro obras, diferentes en su técnica, distintas en la manera de hacer o ejecución, dispares, si se quiere, en su concepción estética, sin nexo o punto de unión en los procedimientos, y que definen y concretan el momento pictórico actual. Martínez de León, sobrio, conciso, elegante, personalísimo, con una técnica en la que no se parece a nadie, porque él ha creado para sí mismo un procedimiento y una escuela. Pintura de gamas, de hábiles fundidos, que premeditada y artísticamente desdibuja los contornos en un "flux" pictórico maestramente utilizado y que nadie sino él ha sabido tan inmejorablemente realizar; Martín Maqueda, el pintor sevillano residente en Oporto, gran conocedor de la vida del toro, cuyos pormenores ha llevado a su álbum costumbrista taurino, ofrece con "Los toros de la feria" una muestra de su pintura al óleo, rica en colorido, en la buena armonía de los empastes. Pinceladas las suyas en las que ha prodigado el color en unos trazos de recia textura artística, pintura en la que se han resuelto problemas de técnica, de

dibujo y de perspectiva, pintura, en fin, bañada de luz, que es una de las características inherentes a este pintor, tan fusionado al tema españolísimo de los toros; José Gallardo, en una acuarela tomada del natural, recoge un momento del encierro típico de las corridas de San Fermín en Pamplona. Gallardo, para el que la disciplina del dibujo no tiene secretos —es uno de los primeros dibujantes de modelo al desnudo—, es quizá uno de los acuarelistas españoles que más conocen el tema taurino, cuyo espectáculo le apasiona, y fiel a esta devoción y a su dominio del pincel, ha sabido captar en infinidad de obras pictóricas aspectos costumbristas de este espectáculo callejero y del campo en los pueblos de Aragón —su tierra— y Navarra, y, por último, Juan Lara Izquierdo, el joven pintor portugués, tan hábil dibujante como experto en los pinceles, ha realizado su "Encierro", al lápiz y acuarela, dentro de las más perfectas normas.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



Victoriano de la Serna

819. E. M. R. — Ceuta. — Al dar cuenta de la edad y demás datos biográficos del diestro a quien usted designa con el familiar apelativo de «Falu», no inventamos nada, absolutamente nada, sino que nos hicimos eco de las manifestaciones del propio interesado, hechas a distintos informadores. Probablemente tendrá usted razón en cuanto nos manifiesta, pues hemos observado repetidas veces que los toreros propenden a quitarse años, es decir, a declarar menores de los que cuentan en realidad. De todos modos, muchas gracias por las noticias que nos facilita.

820. J. O. — Gibraltar. — El ganadero que vende una corrida de toros no tiene la obligación de vender un sobrero para la misma, de donde se saca en consecuencia que todo toro sobrero es, salvo rarísimas excepciones, de ganadería distinta de la de los otros.

El diestro Victoriano de la Serna toreó en Algeciras el 11 de junio de 1933, el 10 y el 12 del mismo mes de 1934 y el 9 y el 10 de igual mes de 1935. Como no presenciamos tales corridas, ignoramos a cuál de ellas quiere referirse usted.

821. E. S. — Madrid. — ¿A cuál Cayetano Ordóñez, «Niño de la Palma», se refiere usted, al padre o al hijo? De haber consignado el segundo apellido, sabríamos a qué atendernos. Pero, en fin, daremos a usted los datos de uno y otro.

El padre, Cayetano Ordóñez y Aguilera, se presentó en Madrid el 28 de mayo de 1925, para estoquear reses de Campos Varela con Emilio Fernández Prieto y «Nacional III».

Y su hijo, Cayetano Ordóñez y Araujo, hizo su presentación en la misma Plaza el 29 de junio de 1945, matando ganado de Concha y Sierra con «Gallito Chico» y Rafael Osorno.

822. R. A. — Albacete. — Si leye a usted asiduamente esta página del CONSULTORIO sabría que no contestamos pregunta alguna referente a la concesión de orejas, y muchísimo menos cuando a las patas se refiere, pues creemos que los aficionados de buen gusto o, mejor dicho, los verdaderos aficionados no deben prestar atención a cosas tan triviales, aparte que, si nosotros tuviéramos facultad para ello prohibiríamos la concesión de rabos y patas y restringiríamos mucho la de orejas.



Cayetano Ordóñez Aguilera

823. E. E. R. — Santa Cruz de Tenerife. — Lo de que si los

toros embisten con los ojos cerrados o abiertos es asunto que ya fué tratado en nuestra respuesta núm. 223, insertada en el número de EL RUEDO correspondiente al 7 de abril de 1949. A él remitimos a usted.

824. «Panaderito». — Porcuna (Jaén). — Ahí va una nueva ración de los datos estadísticos que tiene usted solicitados, correspondientes los de ahora a los años 1922, 1924 y 1926.

Los de 1922 son éstos: Vicente Segura toreó tres corridas; «Relampaguito», una; Francisco Martín Vázquez, otra; Luis Freg, 18; Paco Madrid, 10; «Celita», una; «Larita», 13; «Saleri II», 34; «Alcalareño», 9; Silveti, 4; «Fortuna», 35; «Angelete», 4; Félix Merino, 2; «Manolete II», 3; «Pastoret» y «Cararrá», 7 cada uno; «Nacional», 19; «Pacorro», una; «Varelito», 9 (murió el 13 de mayo); Dominguí, 20; Manuel Belmonte, 4; Sánchez Mejías, 43 (empezó el 11 de junio); «Valencia», 7; Juan Luis de la



Vicente Segura

Rosa, 38; «Chicuelo», 44; «Carnicerito», 7; Emilio Méndez, 28; Bernardo Casieles, 5; Manuel Granero, 13 (murió el 7 de mayo); «Joseito de Málaga», 14; «Vaquerito», 7; «Pouly», 9; «Maera», 45; «Valencia II», 30; «Nacional II», 50; Mariano Montes, 10; Marcial Lalanda, 79; Pablo Lalanda, 32; Eleazar Sananes, 4; «Facultades», 11; Villalta, 12; «Gitanillo de Riecla», 6; «Hípólito», una; Antonio Sánchez, 2; Fausto Barajas, 15; «Gaonita», 3; Joselito Martín, 2, y «Rodalito», otras 2. Estos diez últimos fueron los que en tal año tomaron la alternativa.

En 1924: «Guerrero», una; Bienvenida, 3; «Relampaguito», 4; Luis Freg, 10; «Torquito», 9; Paco Madrid, 3; «Larita», 6; «Saleri II», 3; «Fortuna», 15; Félix Merino, 4; «Camará»,

una; «Nacional», 17; Dominguí, 17; Manuel Belmonte, 11; Sánchez Mejías, 42; «Valencia», 10; Juan Luis de la Rosa, 7; «Chicuelo», 39; «Carnicerito», 6; Emilio Méndez, 10; «Joseito de Málaga», 4; «Vaquerito», 2; «Maera», 56; «Valencia II», 29; «Nacional II», 39; Antonio Márquez, 33; Mariano Montes, 18; Marcial Lalanda, 48; Pablo Lalanda, 13; «Facultades», 15; Villalta, 38; «Gitanillo de Riecla», 11; Antonio Sánchez, 3; Fausto Barajas, 20; Joselito Martín, 8; «Rodalito», 9; «Gavira», 13; Rosario Olmos, 15; José Amuedo, 2; «Algabeño», 59; «Chanito», una; José Paradas, 20; Fuentes Bejarano, 21; «Pedrucho», 8; Antonio Posada, 28; Ventoldrá, 2; Domingo Uriarte, una; «Pepete IV», 3; Martín Agüero, 9; Manuel Martínez, 4; «Litri» (Manuel), 5, y «Zurito», una. Los seis últimos tomaron la alternativa en dicho año.

Y en 1926: Rafael «el Gallo», 34; «Relampaguito», una; Luis Freg, 9; «Torquito», 13; Juan Belmonte, 45; «Larita», 6; «Saleri II», 11; «Fortuna», 6; «Angelete» y «Camará», 2 cada uno; «Nacional», 8; Sánchez Mejías, 37; «Valencia», 6; «Chicuelo», 41; «Carnicerito», 13; Emilio Méndez, 7; «Joseito de Málaga», 4; «Pouly», una; «Valencia II», 38; Antonio Márquez, 58; Mariano Montes, una (la de su cogida mortal); Marcial Lalanda, 54; Pablo Lalanda, 11; «Facultades», 5; Villalta, 50; «Gitanillo de Riecla», 32; Antonio Sánchez, 9; Fausto Barajas, 12; Joselito Martín, 5; «Rodalito» y «Gavira», 6 cada uno; Rosario Olmos, 2; «Algabeño», 33; «Chanito», 2; Paradas, 7; Fuentes Bejarano, 12; Antonio Posada, 13; Ventoldrá y «Pepete IV», 3 cada uno; Martín Agüero, 50; Manuel Martínez, 14; «Litri» (Manuel), una (la de su cogida mortal); «Zuri-



«Camará»

to», 27; «Armillita» (Juan), 22; Pepe Belmonte, 13; «Niño de la Palma», 78; «Parejito», 3; «Andaluz», 2; «Torquito II», una; «Gallito de Zafra», 4; «Morenito de Zaragoza», una; «Chaves», 16; Esteban Salazar, 2; José Ortiz, 3; «Rayito», 8; «Angelillo de Triana», una, y «Lagartito» 6. Los cinco que últimamente se citan son los que en aquella temporada recibieron la investidura de matadores de toros. (Se continuará, amigo).

825. R. L. J. — Málaga. — El Eduardo Borrego, «Zocato», tío de «Chicuelo», y el que dirigió los primeros pasos de éste en la profesión, no fué matador de toros, sino banderillero. El «Zocato» matador de toros fué Carlos Borrego y Ruiz, tío del referido Eduardo, con alternativa en la Plaza de Madrid, concedida por Angel Pastor el 15 de septiembre del año 1889, y donde se presentó para recibirla, siendo completamente desconocido de dicho público. Dicho Carlos Borrego, «Zocato», actuó como segundo espada en la referida Plaza madrileña el 27 de mayo de 1894, en la corrida donde halló la muerte el famoso Manuel García, «Espartero».

826. «Un bibliófilo». — Madrid. — En efecto, ya hacía algún tiempo que nada sabíamos de usted. Nunca nos molestó con sus preguntas. Al contrario.

La obra del marqués de Tablantes, titulada «Anales de la Real Plaza de Toros de la Maestranza de Sevilla», fué publicada en el año 1916, y los mayores elogios que de ella se hicieron (todos merecidísimos) fueron los de don Gregorio Corrochano, en las columnas del diario «A B C».

Y el libro «Filosofía Taurina», del ganadero don Félix Moreno Ardanuy, se publicó en el año 1921.

827. «Un aficionado». — Tánger. — En nuestras respuestas números 567 y 577 dimos los diámetros de los mayores redondeles de las Plazas de Toros de España, a los que hay que agregar el de Valencia, que mide 52 metros, y el de Murcia, que mide 53. De los de América no estamos enterados.

828. R. R. M. — Córdoba. — En la relación que usted nos envía de las corridas toreadas por el espada «Calerito» hasta el día 31 de julio último falta la correspondiente al 28 de mayo, celebrada en Vic-Fencensac (Francia).



Martín Agüero



«Calerito»

Deslinde necesario

Uno de los banderilleros de Fernando Gómez, «el Gallo», había estado fatal poniendo banderillas, y el público le dió un «meneo» más que regular.

Y cuando «el Gallo» se dirigía a matar al mismo toro, el mencionado banderillero, provisto del capote, salía también en busca del bicho.

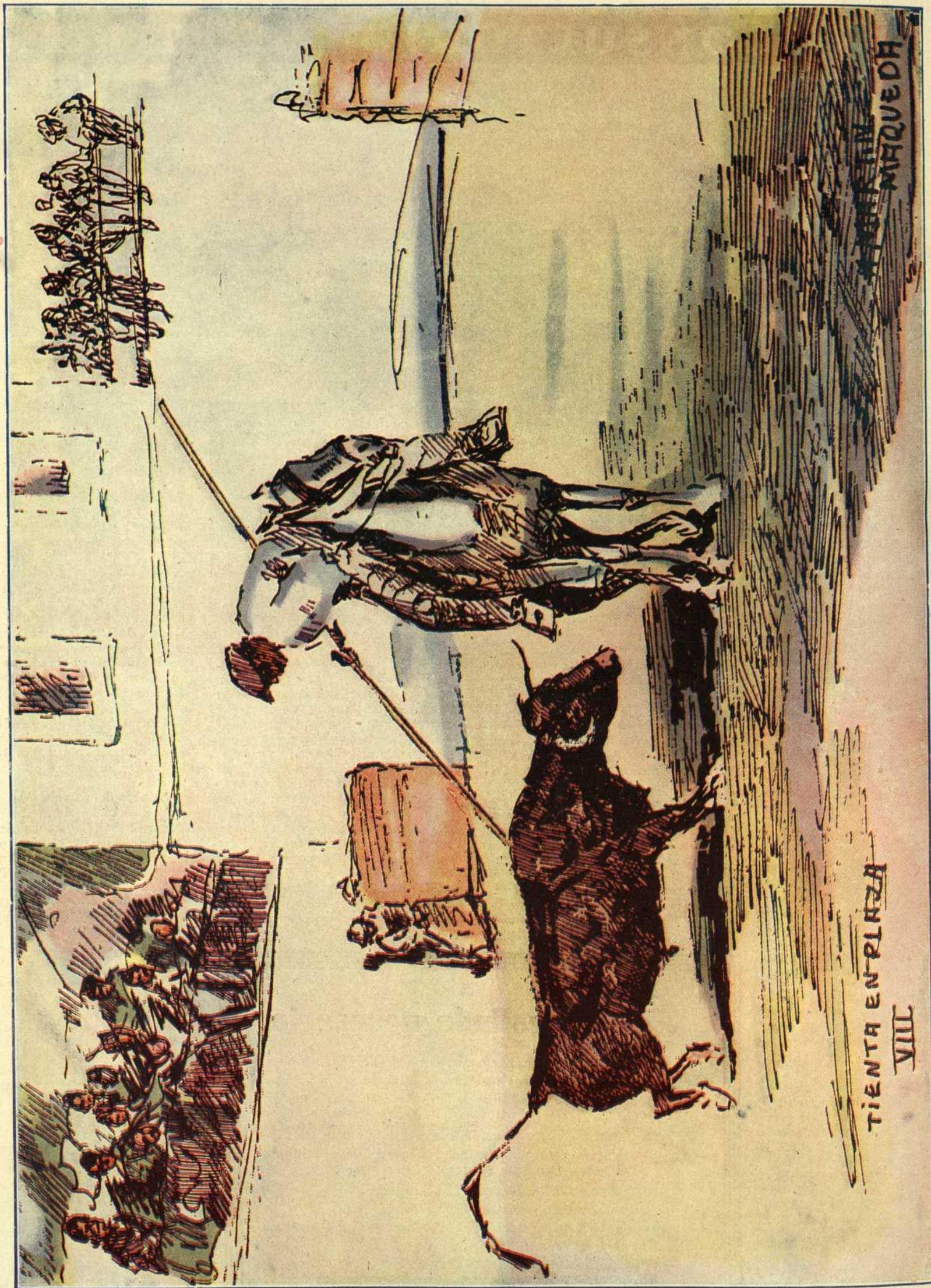
—¿A ónde va usted?—le preguntó dicho matador.

—A bregar... A dar unos capotosos ar bicho.

—¡Vaya usted a sentarse en el estribo ahora mismo!—ordenó «El Gallo» en forma imperativa.

—Pero ¿por qué, mataor?

—¿No ve usted que se van a mezclar los pitos que le digen a usted con los que me van a soltar a mí, y esto va a ser un laberinto muy grande?



TIENTA EN RIANZA
VIII